

# Revista de **FOLKLORÉ**

N.º 301



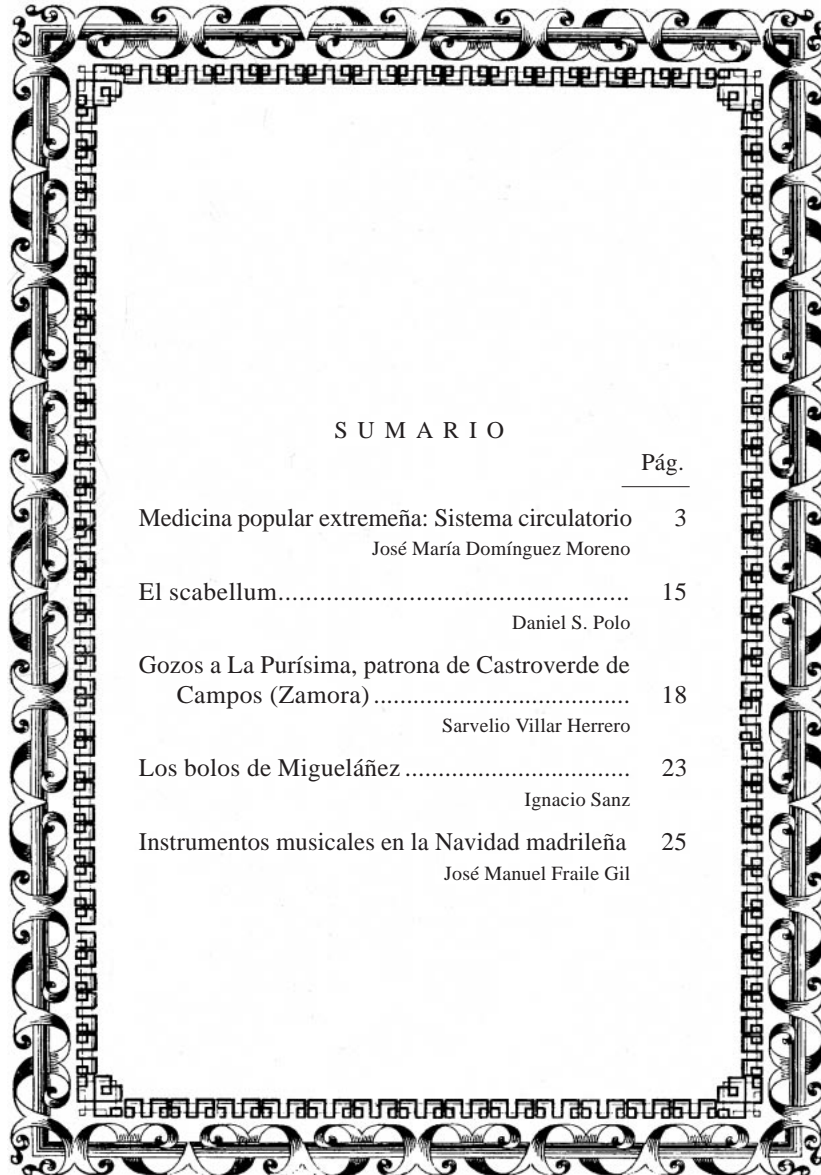
José M.<sup>a</sup> Domínguez Moreno ■ José Manuel Fraile Gil  
Daniel S. Polo ■ Ignacio Sanz ■ Sarvelio Villar Herrero



## Editorial

Entre los siglos X y XII de nuestra era, un grupo de personas, de diverso origen y condición, toma a su cargo la especial tarea de comunicar al ser humano un determinado tipo de sentimientos que le permitiese elevarse por encima de lo cotidiano. Su oficio está disperso por una zona muy amplia y es cuestionado aquí y allá por las autoridades civiles y eclesiásticas, de ahí la variedad de palabras y de significados con que se denomina a quienes lo practican y a su prodigiosa actividad: juglares, escaldos, skops, spielmann, jongleurs, gicolarari, mimos, gokelaers, goliardos... La plaza pública, el patio de armas, las acampadas, las posadas son su eventual escenario, y el amor, el honor, la fidelidad o la amistad su motivo de inspiración, pero el medio que usan para persuadir es un arma distinta, fraguada en el yunque de la vida con la fuerza y el vigor de un hálito sobrenatural y cuyo metal ha sido templado claramente en las aguas de la experiencia: se trata de la voz. Son gentes que anuncian su presencia con prólogos conocidos, que convocan con palabras amistosas –“oid, buena gente”– o que atraen en términos convincentes –“¿os gustaría oír una hermosa canción?”–, que usan versos, poemas, relatos, cuentos, recitados y pregones para expresarse, pero su valor principal no está tanto en lo que dicen, sino en cómo lo dicen, en cómo suena su voz a los oídos del auditorio que se siente inmediatamente penetrado, traspasado, por aquella fonación peculiar. El sentimiento, el mito, el tejido social, son sus temas preferidos pero la entrega de ese material molturado, triturado y poetizado sólo funciona si funciona la voz que lo traduce al lenguaje íntimo con el concurso de una melodía y un ritmo que seducen y fascinan. A muchos lectores de hoy se les despierta la curiosidad por saber algo más acerca de esa poesía inasible, por adivinar cómo sonaron las vidas de los reyes y santos que aparecen en los primeros poemas escritos, o mejor traducidos, desde el lenguaje oral al lenguaje de signos. **Widsith**, un texto del siglo VII escrito por un bardo germano en el que todavía predomina la aliteración, podría ser un ejemplo de esa sensación. El juglar canta con orgullo su satisfacción por haber conocido tantas tierras y los reyes que las gobernaban. La sabiduría va aparejada para él con la curiosidad, con la búsqueda, con el viaje, con la universalidad porque parece que el destino o un mandato divino le han propulsado a recorrer el mundo. Engelbert de Admont escribe mucho después, a finales del siglo XIII: “El ritmo pertenece a los bistriones, a los que en nuestro tiempo llaman cantores y que antiguamente se llamaban poetas, que inventan sus canciones para convencer o enseñar las costumbres o para incitar a los sentimientos y a los afectos hacia la alegría o hacia la tristeza”. No se puede encontrar una definición más precisa ni más sencilla para definir el solatium –el solaz, la consolación– que buscaban las almas de épocas antiguas en la palabra hablada, lejos todavía de la noción de utilidad que cualquier oficio deberá tener a partir del nacimiento de los burgos y las ciudades.





S U M A R I O

	Pág.
Medicina popular extremeña: Sistema circulatorio José María Domínguez Moreno	3
El scabellum..... Daniel S. Polo	15
Gozos a La Purísima, patrona de Castroverde de Campos (Zamora)..... Sarvelio Villar Herrero	18
Los bolos de Migueláñez..... Ignacio Sanz	23
Instrumentos musicales en la Navidad madrileña José Manuel Fraile Gil	25

# Medicina popular extremeña: sistema circulatorio

José María Domínguez Moreno

## LA TENSIÓN

A nivel general el corazón es el *motor del cuerpo* y su función consiste en impulsar la sangre para que ésta llegue a todos los puntos del organismo. Sin embargo, tal cometido no siempre se desarrolla felizmente, ya sea por problemas del propio corazón, ya porque las anomalías se presenten a lo largo del circuito que ha de seguir el líquido sanguíneo. Entre estas últimas tenemos la hipertensión o presión arterial alta y la hipotensión o presión arterial baja, lo que en etnomedicina se conocen por *tensión alta* y *tensión baja*.

La regularización de la presión arterial de una forma genérica se consigue mediante los fáciles recursos de comer ajos crudos o cocidos, de tomar infusiones de achicoria y sanguinaria y de hacer boca de cocimientos de hojas de olivo y de hojas de flores de digital. Pero cuidado se ha de tener con el último de los *aguates*, del que mejor será abstenerse, puesto que cuentan y no se cansan por estas tierras que la toma de una cantidad superior a un dedal o más enriquecida de lo permitido hizo cruzar los umbrales de esta vida a más de uno. A escala más reducida constatamos que la pimpinela tonifica la tensión en el Valle del Jerte (1) y la tisana de flores de *galapero* hace lo propio en la Tierra de Granadilla. Olvidar no se deben las infusiones de té de campo, que cumple con tal cometido en Fuentes de León (2), ni la de poleo, que con sus preferencias cuenta entre los vecinos de Alburquerque, donde también es factible su aprovechamiento en forma de vapores (3).

Pero vayamos a aquellas *curativas* que se tienen por válidas para rebajar la tensión arterial. Al ya indicado cocimiento de hojas de olivo, que ha de tomarse frío y en ayunas, se une por tierras pacenses su hermano silvestre el acebuche. Se sigue la lista con la infusión de sanguinaria o *zaragatiña*, que por los pueblos de la antigua diócesis de San Marcos de León se ingiere, siempre ligeramente azucarada y con el estómago vacío, durante tres o cuatro mañanas (4). Con la sanguinaria cocida y, la infusión de cinco o nueve hojas de olivo y la *hiel de tierra* elaboran un brebaje antihipertensivo en Madroñera, que en los casos más complicados se sustituye por una simple infusión de sanguinaria y por los correspondientes masajes cardiacos (5). Óptimas para estos menesteres son las infusiones de *marrullo* (Tejeda de Tiétar), de hojas de fresco (Hervás, Aldeanueva del Camino), de melisa, de

menta, de salvia, de flor de madroña, de hierba mora, de ortiga y de árnica (6). No hay que echar en saco roto los cocimientos de cebolla y de muérdago de frutal (Megabril, Castañar de Ibor), la tintura de ajo, de la que se toma una cucharada en cada una de las principales comidas, y el aceite de ruda (Badajoz).

Popularmente se cree en Extremadura que la *tensión alta* se origina por causa de la excesiva cantidad de sangre que corre por las venas y por la dificultad que encuentra en su fluir a causa del estrechamiento que éstas sufren con el paso del tiempo. Los informantes dan por sentado que en el paulatino deterioro de los vasos sanguíneos influyen de una manera determinante el tabaco y la sal. “*El que morir se quiera, que coma salmuera*”, dicen en La Garrovilla, Mérida y Cristina. Al mismo tiempo se da por sentado que la obesidad trae consigo una mayor producción de sangre, sin que el diámetro de las venas aumente de forma proporcional, sino todo lo contrario.

Hasta cierto punto las teorías tradicionales participan, aunque ignorando la nomenclatura, de conceptos médicos del tipo de la arteriosclerosis o del colesterol. Sabido es, en este sentido, que los supuestos o reales hipertensos, siempre que las posibilidades económicas se lo permitan, tienden a dejar de lado determinados alimentos grasos, consejo en el que bien incide el viejo refranero: “*Del guarra-po, ni el rabo*” (Torrejuncillo), “*Ni cerdo ni jabalí los quiero pa mí*” (Salvaleón), “*De animal caza, ni bo-cao*” (Valle de Matamoros)... Otras comidas que actualmente tienen prohibido su abuso ya eran para nuestros abuelos asunto vedado: “*De huevos, los de uno, y sobran*”.

No sólo basta con evitar el engorde, sino que también hay que eliminar el peso. Todo ello es posible mediante una dieta adecuada y, cuando la ocasión lo requiere, el recurso a los *lengüejos* diuréticos, proporcionadores del consiguiente adelgazamiento. Y todo esto sin olvidar los ejercicios físicos, que las mujeres del mundo rural extremeño convierten en paseos que en cada amanecer constituyen una típica estampa en caminos y carreteras. Aunque de gran efectividad sea todo lo dicho, no lo es menos el procurar la elasticidad de las venas mediante la ingestión de infusión de ruda (Jarandilla), de tomate (Casillas de Coria, Villalba de los Barros) y de zumo de limón (Cilleros, La Cumbre, Usagre). En la Sierra de Gata, en lugar de inges-

tos, prefieren ablandar los vasos mediante masajes con aceite de oliva.

## SANGRÍAS Y SANGUIJUELAS

Por lo que respecta al exceso de sangre, ésta puede ser combatida con el fácil recurso de la sangría, aunque abundan los lugares en los que se decantan por las soluciones botánicas. Así ocurre con la utilización de la ya mencionada *zaragatiña*, una planta que, al decir del corresponsal de Tomás López, se cría a dos leguas de Alburquerque, en la misma raya de Portugal:

*“(...) la cual cocida adelgaza tanto la sangre bebiendo su agua que quanto más se puede usar por dos veces, pues, el orín que se expele es casi sangre y así, en vez de sangría, usan de ella sus habitantes” (7).*

Mayor interés en el campo etnomédico nos ofrece la sangría por medio de sanguijuelas, ese anélido que desde inmemorables tiempos cuenta en su haber con la recuperación de hipertensos y de afectados de apoplejía o hemorragias cerebrales, compartiendo su campo en el último supuesto con la aplicación de nieve o hielo en la cabeza, con las purgas y con los cocimientos o jarabes de peonía. Documentalmente sabemos que los postreros remedios gozaron de gran estimación en Santiago del Campo (8).

Deteniéndonos en las sanguijuelas y especialmente en su relación con la congestión cerebral, debemos advertir que este chupósteros cumple con su misión colocado en las sienes o detrás de las orejas. Tras la evacuación de la sangre, se la desprende y se la pone sobre una capa de cenizas para que se purgue y se conserve en óptimo estado con vistas a nuevas utilidades. En el campo científico el empleo de la sanguijuela ha tenido importantes propagandistas. Tal es el caso de Francisco Javier Víctor Broussais, quien en 1816 publica la obra *Examen de la doctrina médica adoptada y de los modernos sistemas de nosología...* Aboga el científico por el uso de las sangrías con sanguijuelas como una eficiente solución para debilitar el organismo disminuyendo la irritación excesiva. Este método de realizar la sangría alcanza un gran éxito a partir de los escritos del gallo, hasta el punto de que algún país, como es el caso de Francia, ha de proceder a la importación de anélidos desde el territorio español. La masiva salida de sanguijuelas cerca estuvo de suponer un problema serio para la práctica del ejercicio médico, como se desprende del artículo que Mesonero Romano se ve obligado a insertar, en el mes de abril de 1836, en *El Seminario Pintoresco Español*:

*“La celebridad que desde el año 1815 adquirió el sistema Broussais, y la grandísima importancia que tuvo, aumentó en Francia el consumo de sanguijuelas hasta el punto (...) que es un deber cuidar de que su exportación fuera del reino de España, no produzca el resultado de que falten las necesarias para el consumo interior (...) o que suba el precio de tal forma que se vean imposibilitados los pobres a aplicar este remedio a sus dolencias y los establecimientos de beneficencia tengan que economizar su uso en daño de los enfermos”.*

El escritor no duda en solicitar el que se tomen medidas urgentes para evitar que “se prive a los españoles de uno de los recursos más preciosos de la medicina”. Hay que advertir que la demanda no sólo viene del extranjero. Muchas sanguijuelas parten de Extremadura para abastecer las expendedorías de la capital, compitiendo con las que lleguen de otras regiones. A ello se refiere el citado periodista cuando inserta un anuncio que se exhibe en uno de los lugares mercantiles: “*Aquí se venden sanguijuelas de superior calidad..., son extremeñas*” (9). Hasta tal punto son prolíferos los ríos de las cuencas del Tajo y del Guadiana que algunos destacan como una rareza aquéllos en los que no se crían sanguijuelas. Así sucede, por ejemplo, con el pacense Matanchel, del que Madoz nos informa de la opuesta virtud de sus aguas, cual es la de hacer que se desprendan los anélidos de las bocas de los animales que en él beben. Para la recolección de estos gusanos basta con echar en el agua una piel recién desollada para que, al reclamo de la sangre, queden adheridos. En Serradilla antes de sacar el pellejo con una caña se hace una cruz en la superficie del agua y se recita un conjuro que atrae a las mejores sanguijuelas:

*Sanguijuela,  
que te llama tu agüela,  
que vengas con ella,  
del derecho y del revés.  
Chupa, chupa las manos;  
chupa, chupa los pies.  
Por Cristo, su Madre y Dios,  
vente con nos.*

Una cazuela de barro ligeramente porosa se convierte en el nuevo hábitat del sanguinolento bichejo a la espera de la humana aplicación dérmica, que no siempre se ejecuta con la asepsia que requieren los “manuales” que llegan al dominio del gran público:

*“Se pondrán las que hayan de aplicarse dentro de un vaso con medio dedo de agua, en donde se tendrán por espacio de una hora. Se lava la parte enferma con agua tibia azucarada; entre tanto se colocan las sanguijuelas en un lienzo limpio, y, cubiertas con él, se pondrán so-*

bre la parte en que hayan de agarrar, procurando comprimir las, sujetando el paño para que no piquen por otro lado. Si son muchas, se ponen de dos o más veces. El método más breve y mejor es meter en un vaso o tubo de vidrio roto, las sanguijuelas y aplicándole a la parte por el otro lado, se van comprimiendo en un lienzo” (10).

Los sabios consejos de los no menos sabios hacedores de sangrías recomiendan que éstas no se realicen los miércoles, puesto que en tal día las sanguijuelas, al menos las extremeñas, cumplen con un riguroso ayuno. Y añaden que buena fecha para sangrarse es el día de San Juan, antes de la salida del sol, ya que el solsticio tutelado por el Bautista impide que quede la mínima señal de la operación. Aunque las huellas también desaparecen con prontitud si éstas se cubren con pasta de garbanzos cocidos.

## EL SÍNCOPE

El *patatús* o *patatún* es una de las afecciones que viene condicionada por la circulación de la sangre. Suele suceder cuando ésta no riega suficientemente el cerebro, bien sea por una disminución de la presión sanguínea, por una aterosclerosis o por una baja frecuencia cardíaca. Contra tales desvanecimientos el primero de los pasos consiste en corregir la hipotensión. En Extremadura se consigue a base de infusiones de hojas de encina, de manzanilla y de zarzamora. También elevan la alcaída tensión el tomar un huevo disuelto en un vaso de vino (11), una copa de coñac, una taza de café solo o con un chorro de aguardiente y unos buenos platos de cardos borriqueros cocidos o en ensalada y a los que previamente se les han pelado las pencas y quitado los espinos.

Pero hay otros métodos que, aunque no ortodoxos, gozan de una amplia difusión para prevenir el síncope por estas tierras. No será víctima de *patatús* quien tenga la precaución de llevar un grano de azafrán y una hoja seca de salvia metida en una bolsita que se cose a la manga de la camisa a la altura de la sobaquera. Esta costumbre del norte de Cáceres siempre será menos molesta que la práctica, más común por los Baldíos de Alburquerque, de andar llevando dentro del zapato un garbanzo o, en su defecto, como igualmente es propio de Valencia de Alcántara, una piedrecita de cuarzo recogida durante los oficios del Viernes Santo. En Naval Moral de la Mata se alejan los mismos síntomas del desvanecimiento por el simple hecho de sujetar a la faja una taleguilla conteniendo un puñadito de sal. Por su parte, en Tornavacas y Piornal optan por mantener en el bolsillo algunas semillas de laurel. El simple hecho de vestirse las medias del revés se convierte en talismán profiláctico en buena parte de las comarcas de La Campiña y Sierra de

Jerez. Este último comportamiento cobra igualmente su efectividad para recuperar al paciente en el preciso momento de sufrir el síncope.

Llegado al *patatús*, el desvanecido es objeto de rápidas y dispares atenciones. El ponerlo tendido boca arriba y levantarle los pies, con el fin de que la sangre fluya con mayor facilidad hacia la cabeza, es método de gran aplicación en ambas provincias, aunque tampoco le va a la zaga la fórmula de sentarlo en una silla con los brazos caídos y con el cuerpo inclinado hacia abajo. El echarle aire con un abanico y el darle alguna que otra bofetada cumplen idénticas funciones recuperadoras. Otros elementos animadores del sincopado son el vinagre, la colonia o el alcohol, bien sea acercando los líquidos a la nariz o frotando con ellos las sienas. El verterle un jarro de agua fría en la cara obra el milagro reanimador, aunque es opinión común que el prodigio es mayor si con el líquido, lo más fresco posible, se les mojan los *perendengues* a los hombres y el ombligo a las mujeres.

## CARDIOPATÍAS

Gran temor supone para los habitantes de esta región la simple citación de afecciones de tipo cardíaco, cuales son la angina de pecho y el infarto de miocardio o ataque de corazón. No importan tanto las causas que el pueblo atribuye a estos males, sino las formas que se utilizan para prevenirlos o sacudirselos una vez que empiezan a sufrirse.

En líneas generales son de aplicación en tales situaciones las *singanas* o *boticas* que se recomendaron para los casos de hipertensión, como pueden ser el ajo y la tisana sanguinaria. La infusión de flores de retama es recurso muy extendido, compartiendo un lugar destacado junto a la manzanilla. Por el Valle del Ambroz y Tierras de Granadilla prefieren como tónico cardíaco las decocciones e infusiones de flores de galapero. El perejil tiene mayor número de adeptos en Fregenal de la Sierra (12) y en los pueblos de su partido. Pero advierten los entendidos que con ninguno de estos elementos se logra la efectividad esperada si no se acompañan de unas buenas dosis de tranquilidad. Nada objetan, por el contrario, en Deleitosa, donde a los cardíacos los hartan de terrones de azúcar o de vasos de agua endulzada hasta el punto de que “*la cuchara se tenga de pie*”. Curiosa receta, mas no tanto como la localizada en Las Hurdes y que pretende eliminar el dolor de corazón comiendo piojos en tortillas (13).

El oler esencia de lirio (Torrejuncillo), el poner paños calientes al lado del corazón (Manchita, Trasierra), el aplicar sobre el pecho una tórtola abierta en canal (Zahinos, Pelоче) y el beber agua de la fuente de La Doradilla (Garganta la Olla) constitu-

yen otros tantos remedios para cuando arrecian los dolores sintomáticos de la angina de pecho. Y, puesto que más vale prevenir que curar, no faltan comportamientos que eliminan la posibilidad de las enfermedades coronarias. Libres de ellas se verán los que en los dos primeros años de vida fueron obligados a dormir recostándose en el lado derecho. No obstante, si se olvidaron medidas tan tempranas, el mal cardíaco puede eludirse con posterioridad con sólo llevar puesto en el dedo índice un anillo de hierro forjado en Jueves Santo o al cuello colgado un amuleto con la forma de corazón.

Con relativa frecuencia el ritmo cardíaco se acelera por encima de los valores normales, lo que en muchas ocasiones supone un serio peligro, máxime cuando la taquicardia tiende a evolucionar hacia una fibrilación mortal. Ante este problema, ¿qué extremeño dijo miedo? Basta con que durante una semana se tomen un par de cucharadas diarias de zumo o jugo de ajo, la *ajá*, para que las excesivas palpitaciones desaparezcan como por ensalmo. A falta de paciencia para destripar ajos, queda la alternativa de comer lechugas, como sucede por las Vegas del Alagón y Penillanura del Salor. Nadie podrá quitar la razón a estos paisanos, y menos aún cuando los botánicos nos señalan que la planta hortense contiene *lactucarium*, una sustancia a la que se le atribuye una particular eficacia contra las taquicardias.

Aun sin conocer su funcionamiento, el pueblo es sabedor de la relación existente entre el bazo y el sistema circulatorio y de su papel filtrador de la sangre, a la que libera del material infeccioso. Su inflamación o aumento de tamaño supone una respuesta ante determinadas morbosidades. En este sentido no es difícil descubrir cómo el refrán aquí se labra camino: “*Cuando el bazo crece, el cuerpo enmagrece*”. Tal dicho, que alude al engrandecimiento del órgano en los afectados por el paludismo, se complementa con otra más popular sentenciada paramiológica: “*Cuando engorda la moza, al cuerpo el bazo y al rey la bolsa, mal anda la cosa*”. Pero para estas inflamaciones también la medicina popular tiene la solución. En Villarreal de San Carlos la curación se logra mediante baños en las aguas del río Tajo (14). Los que viven alejados de esta corriente procuran otros líquidos que no mojan el cuerpo por fuera, sino por dentro. Así nos topamos con que beber tres mañanas seguidas en ayunas del pozo Cinojal sirve para solucionar tales problemas entre los vecinos de Ahigal. En Cilleros la inflamación desaparece tomando un vaso de vino en el que se ha disuelto un número impar de *agalutas* de cabra, que deben ser extraídas de la *tripa del culo* después de muerto el animal (15).

Si los anteriores elementos ayudan al bazo a recuperar su equilibrio y su funcionalidad, tampoco faltan otras series de sustancias capaces por sí

mismas de desencadenar una purificación o depuración de la sangre. Ahí están, a modo de ejemplo, las infusiones de hojas de abedul (Jaraiz de la Vera, Miajadas), de hojas de ortiga o *jortiga bollunera* (Las Hurdes), de raíces de achicoria, de flores secas de sanguinaria blanca o quebrantapiedras (16), de acedera, de pimpinela y de manzanilla (17). Tienen igualmente aquí su importancia el beber cocimiento de raíz de zarzaparrilla y de su fruto y el ingerir, siempre en número impar, cabezas de ajo de secano (Acehuchal).

No se debe olvidar en este capítulo a los afectados por los problemas de la diabetes. La medicina popular, siguiendo los pasos de la científica, recomienda una dieta carente de hidratos de carbonos refinados, puesto que conocido es que los azúcares, los pasteles y el pan elevan el contenido de glucosa en la sangre por encima de los niveles aceptados como normales, lo que podría desembocar en un *patatús* o coma hiperglucémico. Mas conviene tener presente que la caída por *esmorecimiento* llega por la razón contraria, es decir, a causa de una hipoglucemia o escasez de azúcar en la sangre. En ambos casos el régimen alimentario no lo es todo o, al menos, así lo piensan los extremeños, puesto que recurren a todo un conjunto de sustancias complementarias que facilitan el metabolismo del azúcar contenido en el líquido sanguíneo. En Plasencia y en los pueblos de su entorno lo consiguen bebiendo agua de la fuente de Valdelazura. El vino medicinal de hojas frescas de salvia es más propio de Logrosán y Trujillo. La posología aclara que la dosis a tomar debe ser un pequeño vaso después de las comidas. Menos cantidad, en este caso de decocción de hojas de eucaliptos, se le exige a los diabéticos de Villasbuenas de Gata y Torre de Don Miguel, ya que nunca sobrepasarán las dos cucharadas por día, la misma dosificación que de la también decocción de raíz de achicoria se llevan a la boca los afectados de Zarza de Alange, Torremayor y Mérida. Y, según la opinión de los informantes, los efectos no se hacen esperar acudiendo a la infusión de ramas secas de zarza (Casas del Monte, Jarilla, Cabezabellosa), al zumo de cebolla (Higuera la Real, Huertas de Animas), a la ensalada de ortigas (Casar de Cáceres, Berrocalejo) y a la hiel de tierra (18).

## LA ANEMIA

Cuando una madre observa que su hijo ha perdido el apetito, que presenta palidez en el rostro, que siente mareos y que la fiebre hace mella en él, no es extraño que afirme categóricamente que el muchacho es víctima de la *dichosa anemia*. Para confirmar su impresión seguro que le levanta los párpados y visualmente analiza la sanguinolencia que bajo ellos se esconde. La escasa coloración es el



punto que le falta a la *i* del anterior diagnóstico. Estos mismos síntomas son los que definen el síndrome anémico en las personas adultas, especialmente cuando se manifiestan como un producto desencadenante de alguna hemorragia o, en el caso de las mujeres, a causa de una regla larga y abundante, de la lactancia y del embarazo.

*“El estado mórbido caracterizado por una disminución de la cantidad total de la hemoglobina de la sangre”*, como en términos lingüísticos se define a la anemia, tiene los días contados ante la avalancha de boticas dispuestas a restituir el orden orgánico. Los huevos constituyen el meollo del amplio recetario, lo mismo se tomen sorbidos que cocidos con leche y vino o batidos con leche y azúcar. Las yemas endulzadas y disueltas en vino moscatel responden al mismo cometido. Otras veces los huevos se conforman como el ingrediente básico de la pócima antianémica con la que algún que otro lugareño de Albuquerque trata de meter hierro en el cuerpo siguiendo los dictados del curandero de rigor:

*“(…) le dijo que hiciera un cocimiento, un vino, con tres litros de vino, una docena de huevos, cascarones y todo... un medio kilo de carne de ternera, un kilo o medio kilo de azúcar, y dos cucharadas de acero, de fragua, lo que se dice raspado en la máquina y echárselo todo al vino, y llenar una garrafa de cuatro litros, y taparlo... y dejarlo 48 horas ó 24 horas... yo ya no me acuerdo... y luego empezó a tomar un vasito pequeño... antes de comer, otro antes del almuerzo, otro antes de la merienda, y otro antes de la cena y con aquello se le quitó, porque ella lo que tenía era una anemia...”* (19).

Hasta cierto punto el vino es un símil de la sangre y su utilización en estos casos de trastornos hematológicos podría responder a una interpretación del espíritu de la magia hemopática basada en la curación mediante elementos semejantes. Perfectamente se constata lo apuntado en la costumbre cacereña de tomar vino blanco, mas sólo después de haberse enrojecido por medio del orín que se ha formado luego de tener largo tiempo metidos en la vasija un puñado de clavos de herradura. Clavos y llaves calentados al rojo vivo van a parar en La Vera y Campo Arañuelo a un puchero de agua el día antes de que el anémico dé buena cuenta de ella. También vino, aunque ahora se trate de vino medicinal de semillas de hinojo, intentan aumentar la hemoglobina por la práctica totalidad de las poblaciones ribereñas del Tajo. La coincidencia es absoluta en lo referente a la posología: basta con un vaso antes de las comidas.

Y del vino, remedo del líquido sanguíneo, a la sangre sólo hay un paso. Tiempo atrás fue de uso común en las grandes ciudades extremeñas el que los aquejados de anemia acudieran a los matade-

ros para beber la sangre que chorreaba aún caliente de las reses acabadas de degollar, compartiendo el ágape con los tísicos, que también veían en el rojo líquido la curación de su mal. Raro será el rincón de Extremadura en el que no se prediquen las virtudes de tal medicina y en el que no se explique cómo bueyes y carneros prestaban la aorta con este fin sanitario. Y todavía no se ha perdido de la memoria la vieja costumbre de hacer a los anémicos catadores de la sangre vertida por los toros muertos en las capeas pueblerinas. A falta de sangre de otro animal mayor y cornudo, buena será la de insecto. Así parece confirmarlo la práctica hurdana de engullir en ayunas piojos que hayan llenado su panza chupando en cabeza ajena.

A las aguas tampoco les falta qué hacer a la hora de procurar la satisfacción de los anémicos. Bueno resulta el sorber las de la ya citada fuente placentina de Valdelazura y no desmerece de ninguna de las maneras la que fluye del manantial de las Herencias (Salvaleón), especialmente indicada para enfermedades infantiles. Ambas se usarán indistintamente en baños o por vía oral. Pero si la afección responde a una clorosis o cloroanemia y se vive cerca de Ahigal, Hervás o Brozas no hay nada mejor que abreviar en sus respectivas fontanas de Santa Marina la Vieja, del Salugral y de San Gregorio (20).

Si usted es de Valdetorres o de Reina debe saber que para librarse del empobrecimiento de la sangre sólo es necesario alimentarse de vez en cuando con ensalada de berros. Más estimado por los anémicos extremeños, seguramente guiándose por el color rojizo de sus ramas que ampararán la teoría de las signaturas, es el guiso de verdolaga, que en ocasiones se hace acompañar de algunas hojas encarnadas de rosál silvestre. No hay que olvidar en este sentido que ya el folklorista Antonio Machado apuntaba que el pueblo atribuye la curación de ciertos desórdenes sanguíneos a determinadas flores que muestran este color (21). En el cromatismo de la raíz de zanahoria quizás esté el origen de su utilización para solventar casos de anemia. Por lo general se consume rallada y aderezada con un chorro de limón y otro de aceite. Si con esto no hay suficiente para recuperar la sangre, aún quedan en el recetario los bocadillos de pan con flores de romero. Y, si como dijimos, los huevos son buenos para eliminar la desgana y la palidez y vencer la fatiga, otro tanto puede decirse de la creadora de tan popular alimento: la gallina. Su caldo es una pura panacea.

## PROBLEMAS DE EXTREMIDADES

Entre los trastornos de tipo vascular el entumecimiento es uno de los más característicos. Sin em-

bargo, no siempre el pueblo achaca el que una de las extremidades *s'entuma* o *se duerma* a un problema de tipo circulatorio. Pero sí hay unanimidad en lo que atañe a la forma de suprimir instantáneamente las sorpresivas molestias. Con sólo trazar tres cruces con el dedo pulgar untado en saliva se logra la esperada movilidad de la parte afectada por el *jormiguillo*. Sirve para lo mismo el *crucearla* con un clavo, una moneda o algún otro pequeño instrumento metálico. En Medellín aseguran los máximos resultados si las cruces se hacen con el dedo o con cualquier otro metal acabado en punta untado en la sangre de un reptil o de un ave nocturna. Si el afectado no quisiera descalzarse, en el supuesto de que el achaque correspondiera a la planta de los pies, basta con ejecutar el rito sobre el mismo zapato. No faltan quienes rizan el rizo al preconizar que las cruces se hagan con el dedo gordo de un pie en la planta del contrario.

Mayores son las molestias que se sufren por los ataques de calambres, ese otro trastorno vascular del que los extremeños se libran a base de friegas con aguardiente y alcohol de romero principalmente. Muchos hay que recurren a frotarse con un paño caliente o simplemente con las manos impregnadas con manteca, con aceite de candil o con sangre de gallo. Lubricarse la parte afectada con tocino es práctica usual en Santa Cruz de Paniagua y Torremocha, mientras que en Perales del Puerto lo es el hacerlo con el pastoso tuétano de un toro o de otra res cornuda. Por la comarca de Las Villuercas los propensos a sufrir calambres nocturnos se previenen de ellos metiendo en la cama al acostarse la pezuña de una cabra montesa, en lo que otra vez constatamos el inseparable sentido mágico. El dolor del calambre remite si se pisa algún objeto frío (Moraleja), si se camina pegando saltos hacia atrás (Talaván), si de acostado, siempre que el problema surja durante el sueño, se ponen los pies sobre el catre y se presiona con fuerza (Torre de Santa María) y, por último, si se echa mano de los recursos empleados contra el *jormiguillo*.

La hinchazón de los tobillos suele presentarse como una consecuencia de las varices, enfermedad que también se caracteriza por la visión desagradable y exterior de las venas, el picor y la tensión. Estas afecciones responden a un tratamiento popular, al menos en Carcaboso, consistente en introducirse en las medias el pico y las garras de un milano, lo que hasta cierto punto recuerda el hacer salmantino de ajustarse a las ligas las patas traseras de un topo (22). Las personas varicosas encuentran cierto alivio procediendo a un vendaje compresivo o a vestirse una media de goma. Buenos resultados se le achacan a la cataplasma de castañas de Indias (Baños de Montemayor) y de hojas de achicoria (Garrovillas). La aplicación de hojas machacadas y maceradas de col es de uso corriente en Jerez de

los Caballeros y Calamonte, donde las compresas de bolsas de pastor también se apetecen para idénticos menesteres. Como tratamiento interno destacamos la infusión de hojas de malva, que en Malpartida de la Serena se dosifica en una taza en ayunas o antes de la comida principal.

Cuando las varices se complican y se resuelven en flebitis nos volvemos a encontrar con una medicación a base de castañas de Indias, que ahora es tomada en cocimiento o en tintura. De esta última basta una cucharada por día. En Valverde de Leganés prefieren las cataplasmas de hiedra, que se consiguen después de hervir un puñado de ramas y hojas en abundante agua a la que se le añade un vasito de vinagre. También cataplasmas, en este caso de harina de lino, van a parar a las piernas de los flebíticos del norte cacereño.

Puede suceder que las varices y la flebitis se manifiesten ulcerosas. Para estos supuestos se reservan los baños con agua tibia a la que se le ha añadido una hoja de laurel (Arroyomolinos de Montánchez), aunque no son escasas las poblaciones, como sucede por Tierra de Barros, donde a estos afectados se les manda pasear por caminos de tierra para que sus piernas se cubran del polvo que consideran salutarífico.

Poco tiene que ver con lo anterior la afección conocida como *cabras* o *cabrillas*, que surgen a causa del excesivo calor que sufren las piernas al permanecer durante largo tiempo al lado de la lumbre o del brasero. Para evitar la coloración rojiza proveniente de la reverberación sanguínea nada hay más razonable que alejarse en su justa medida del foco ígneo o no mantener éste en su total viveza. "*El bullir el brasero trae renguero*", sentencia un viejo refrán extremeño. Los cartones o las hojas de periódicos cubriendo las pantorrillas de las mujeres sentadas al calor del fuego son algo peculiar en los pueblos extremeños para prevenir las de las citadas *cabrillas*, que casi nunca van más allá de una simple cuestión estética. Pero otras veces estas afecciones vienen acompañadas de los correspondientes picores y escozores. Un simple lavado con vino de pitarra (Almendralejo, Hoyos) y con unas suaves friegas con ceniza fina (Almoharín), con polvo de carbón (Aldea de Trujillo) o con yeso (Ahigal, Villadelcampo) se convierten en incuestionables curativas.

Por *manos santas* se conocen en Extremadura las de aquellas personas que, mediante masajes, logran la eliminación de los coágulos que se forman en las venas y arterias de las piernas. En realidad su acción consiste en fricciones deslizantes capaces de llevar los trombos hasta la punta de los dedos, donde desaparecen mágicamente. Pero como las *manos santas* cada vez escasean más, no queda otro remedio que eliminar la trombosis procediendo a un elevado consumo de cebolla, pro-

ducto al que se le atribuye una gran fuerza anticoagulante, sin olvidar tampoco las virtudes del castaño de Indias, del que se aprovecha tanto en forma de decocción de la corteza como en la maceración de su fruto (23). Si el estómago no se halla preparado para estos trotes, los cálculos y los coágulos sanguíneos llegan a esfumarse con sólo aplicar algunas compresas de ortigas frescas.

Estrecha relación con el sistema circulatorio y sus anomalías tiene la adenitis del cuello, más popularmente conocida por escrófula, que se caracteriza por el abultamiento de los ganglios linfáticos. Tal morbosidad fue llamada en algún tiempo *enfermedad del rey*, ya que los monarcas galos e ingleses gozaban del milagroso poder de sanarla por la simple imposición de sus manos. Tal costumbre pervivió hasta 1772, cuando para evitar que las regias extremidades se ensuciaran por la mugre de sus pacientes o por librarse de la muchedumbre que acudía a la sanatoria cita monárquica, se cambió la modalidad curanderil. La mano del monarca se vio suplantada por una simple moneda que tuviera su imagen. Ya no era necesario viajar en busca de la sanación, puesto que ésta podía lograrse *in situ* con sólo tener un centavo con el que tocar la tumefacción gánglica.

Aquí parece tener su origen la costumbre extremeña de eliminar la escrófula colocando sobre ella un *petacón moruno* sujetado con un pañuelo que se ata al cuello. El tiempo de la imposición varía de unos puntos a otros, siendo lo más normal el mantenerlo fijo entre los dos toques de misa. En Trujillo la duración se guía por lo que tardan las campanas de San Martín en dar los tañidos del ángelus.

Fuera de esta peculiar medida, en la provincia de Badajoz encontramos muy generalizada como práctica antiademiática el lavarse el cuello cada mañana con orina de niño, aspecto que nada menos que Plinio ya destacaba en su tiempo (24), o de felino casero. Respecto a este último, especifican en Orellana la Vieja, que ha de ser de *gato virgen*. Los brocenses baños de San Gregorio cumplen idéntica función, y otro tanto ocurre con la aplicación de infusiones de flores de margarita, que descubrimos en los pueblos del entorno de Guadalupe (25). Y para que no falte el toque mágico-religioso hay que recordar que la noche de San Juan sirve para poner fin a las dichosas escrófulas. Basta con tocarlas con una cáscara de nuez para que éstas pasen a mejor vida (26).

## “LAS ALMORROIDES”

La medicina popular presenta un amplio muestrario de remedios relacionados con una de las afecciones más comunes, cual es el caso de las hemorroides o almorranas, también conocidas en

el habla de la tierra por el nombre de *almorroides*. Mas no sólo curaciones hallamos al respecto, sino también toda una serie de procedimientos preventivos o profilácticos que impiden que las almorranas se conviertan en un suplicio para las personas propensas a contraerlas.

No tendrán que temer la aparición de este mal quienes se tomen la molestia de llevar en el bolsillo, en la faltriquera, en el dobladillo del vestido o en una bolsa colgada al cuello alguno de los siguientes elementos: raíz de arzolla (Fregenal de la Sierra, Fuentes de León, Madroñera), raíz de viborera (27), raíz de lirio (Peraleda de San Román), una *cebolla almorrana* (28), unas *hierbas de las almorranas* (Llerena), una castaña de Indias o común (29), unas bolas de alcanfor (Mérida, Los Santos de Maimona), un cardo macho (Torre de Miguel Sesmero) y un pipo de aceituna (Ahigal). Fuera de los elementos de origen vegetal nos quedamos con la nómina y con el cagajón desecado de mulo, que se usa en Galisteo. Al decir de nuestros informantes, tales restos excrementicios tienen su razón de ser en que “*han salido por el culo d’un animal que no tiene almorranas y por eso hace que no las tengan los que lo tienen con ellos*”. Significativo y nuevo ejemplo de concepción mágica aplicada a la etnomedicina.

Y mágicos son también otros procedimientos que se inscriben tanto como mecanismos profilácticos como, posteriormente, sanatorios. Entre éstos citamos el que se sigue en Aldeacentenera y Zorita, consistente en meter una lagartija en un *alfiletero*. Su muerte y desecación constituyen un freno para las posteriores hemorroides y una desaparición en el supuesto de que ya se estuvieran sufriendo. Con idéntica finalidad se entierra una rana en las proximidades de una corriente de agua con la seguridad de que el ejecutante nunca se verá aquejado de la molestia anal. Para quienes gusten de concreciones geográficas diremos que la costumbre es usual entre los lugareños de la comarca de Los Ibores. Nada sanguinaria se presenta otra actuación que se lleva a cabo en buena parte de la provincia de Badajoz coincidiendo con la madrugada de San Juan. Sólo con rozarse las entrenalgas con una piedra, que seguidamente se lanza al río, el problema almorránico dejará de ir con uno.

Uno de los amuletos mencionados más arriba, la *cebolla almorrana* o cebolla albarrana, es capaz de curar la afección por el simple contacto, aunque en Fregenal de la Sierra prefieran un lavatorio con el aceite que queda en la sartén luego de freír esta planta (30). Por esta misma zona sirve para solventar indisposiciones hemorroidales el empaparlas con decocción de hojas de algarrobo. De gran efectividad se consideraran los lavados o baños de asiento en infusiones de hoja de saúco (Madroñera), de cogollos de hojas de zarza (Pescueza, Casi-

llas de Coria), de malva (Valencia de Alcántara, Alburquerque), de malvavisco (Valdemorales, Aldea del Cano, Casas de Don Antonio), de álamo negro y de hierba mora.

Si de las infusiones pasamos al campo de la decocción, nos encontramos un completo recetario orientado hacia la zona tumefacta que se ubica a la vera de donde la espalda pierde su nombre. Tres veces al día se mojan las almorranas por los pueblos del Valle del Ambroz con un cocimiento de flores de gordolobo o, en su defecto, de cola de caballo. Esto mismo se hace mediante baños de sentadilla con el agua de hervir la escrofularia en buena parte de Extremadura. Esta última costumbre, en certera opinión de algunos investigadores, tiene su razón de ser en la forma de las raíces del vegetal, que en cierto sentido se asemeja a la de las almorranas (31). Quienes han sufrido del anal impedimento es casi seguro que habrán calmado los dolores después de haberse aplicado compresas empapadas en el agua de hervir brotes tiernos y secos de zarzal, viborera y corteza de encina (32), tres elementos que en la comunidad se consideran portadores de esencias analgésicas, emolientes y vasoconstrictoras. Si resultados inmediatos son los que se trata de conseguir, nada mejor que sentarse en una palangana con cocimiento, lo más caliente que el cuerpo aguante, de varias nueces de ciprés de cementerio. Queda por saber si la mayor efectividad está en la planta o en la relación de ésta con los muertos, máxime cuando en Cáceres no faltan quienes para vencer las *almorroides* se las espolvorean con tierra removida de alguna tumba.

Las compresas de maceración de bolsas de pastor gozan de gran estimación en Navezuelas y Roturas, y un poco más al oeste, cual ocurre en los pueblos de Retamosa, Torrecillas de la Tiesa y Aldeacentenera, se las ingenian para combatir las molestias rectales aplicando hojas de hierba de San Pedro cocidas. Pero si las almorranas sangran, estas mismas hojas convertidas en polvo se encargarían de cortar la hemorragia. La parietaria machacada no escapa a estas aplicaciones, ya que tiene fama de desecar las venas, sobre todo si se le añade una pizca de sal, fórmula que mantiene su importancia en San Vicente de Alcántara. El sentarse sobre una raja de tomate es remedio de uso corriente en Alcántara y Navalmoral de la Mata y el hacerlo sobre una capa de cebolla trae consigo el cese de los dolores y escozores en Salvatierra de los Barros, Magacela y Monesterio. Ambos artículos hortícolas, además de solos y en crudo, como en los casos anteriores, también se utilizan fritos con grasa de cerdo. Sedantes son igualmente las hojas de verbasco cocidas con leche (Ahigal), el ungüento de yemas de álamo (Guadalupe, Talarrubias) o de semilla de laurel (Salvaleón, Aldea de Trujillo), las cataplasmas de pan y leche (Magabril, La Haba) o patata y leche (Pasarón de la Vera,

Riolobos), la picadura del tabaco (Garganta la Olla) y el ajo crudo o cocido con vinagre y sal (Madroñera). Nada que objetar, puesto que la materia prima abunda, a la costumbre de Robledillo de Gata de llevarse al trasero un trozo de muletón impregnado en posos de vino calentados al baño maría. Y hay que tener muy en cuenta lo que de bueno hace al encogimiento hemorroidal la aplicación de compresas de agua mezclada con pimentón. Manda la experiencia no mantenerla más de diez minutos, ya que la piel se irrita y, en consecuencia, sería peor el remedio que la enfermedad.

Los anteriores preparados vegetales se complementan con otros dispares tratamientos en su lucha contra las almorranas. Quizás el más simple consiste en sentarse sobre una corriente de agua para que ésta "se lleve el mal". Ríos predilectos de los extremeños, en atención al supuesto carácter salutarífico de sus aguas para este tipo de *andancios*, son el Almonte y el Guadamez. Los que no desean alejarse del entorno en el que se vive, sobre todos los lugareños de la comarca de La Campiña, tienen más que suficiente con sentarse en un cubo para humedecerse el ano con agua sacada de siete pozos. A decir de los habitantes de Azuaga los mejores resultados se logran si el líquido se recoge en la noche de San Juan y si el baño de asiento se realiza en la mañana del Bautista antes de salir el sol.

Ideales son para estos menesteres las friegas con tocino rancio, mezclado o no con ajos, con hiel de cerdo, muy general en Madroñera (33), o con grasa de lobo, que en Acehuchal se aplican luego de tenerla durante tres noches al sereno (34). Puesto que andamos por el reino animal, traigamos a colación el papel que en este campo juegan las sanguijuelas o *lameoris*, que en Torrejoncillo se encargan de vaciar las tumefacciones anales, sin olvidar el buen papel que cumplen como medicina antihemorroidal la baba de caracol (Almendralejo), la saliva de perro (Valencia del Ventoso), la leche de murciélago (Castañar de Ibor) y la piel de rana empapada en aceite, de gran utilización por toda la geografía regional. Y que conste que esta cuestión batracia no es nueva ni exclusiva de Extremadura, como nos ilustrará el tratamiento rimado que entresacamos de *Las Cuatrocientas Respuestas*, de Fray Luis de Escobar, obra publicada en los mediados del siglo XVI en Valladolid (35):

*Echando quatro o cinco ranas  
en olla que no sea nueva  
porque el olio no se enbeva  
para vuestras almorranas.  
Y de aceyte de comer  
avéys allí de poner  
medio azumbre bien tasado  
y en fuego que sea templado  
las dexaréys descozer.*

*Y allí conviene mecellas  
hasta ser desechas ellas  
y untad con aquel liquor  
las almorranas, señor,  
y así podréys sanar dellas.*

La medicina tradicional extremeña da por hecho que las hemorroides tienen los días contados si se las ataca con vahos y sahumeros. Entre los primeros destacan los de cocimiento de salvado de trigo. El afectado se sienta sobre un cubo o bacinilla en el que se ha vertido este agua aún hirviendo, permaneciendo de esta guisa hasta que los vapores desaparecen. Así se hace en buena parte de la provincia de Cáceres, área en la que para tal curativa también se usa los vahos de orina, preferentemente de mujer. Por lo que respecta a las fumigaciones, mencionar debemos las que provienen de la incineración de quebrantapiedras o sanguinaria blanca. Y, por supuesto, nada varían los mecanismos del sahumero que se practica en Extremadura de los que siglos atrás leíanse en *Tesoro de Pobres*:

*“Para las almorranas que duelen mucho, que son las que no purgan, toma un poco de hierba llamada sanguinaria, y pon un poco de rescoldo en el servicio, y echa una poca de hierba, y recibe el humo por un buen rato, añadiendo una poca de hierba; y los has de hacer una vez al día, y luego hallarás alivio, y de dos o tres veces quedarás sano” (36).*

A la efectividad curativa de estos calores no le va a la zaga la que se desprende de sentarse en un cancho calentado por el sol. Tampoco hay extremeño que desconozca lo que de positivo significa el espolvorearlas con *peos de lobo*, lo que los botánicos traducen por lycoperdon.

Son muchas las personas que, sin abandonar los mencionados tópicos, confían en el poder de los medicamentos administrados por vía oral. Lo mismo la semilla que la pulpa de la calabaza y del calabacín poseen tal acción sedante que lleva a aconsejar la comida de grandes cantidades a los que ven las estrellas por causa de las anales tumefacciones. Así obran por las Vegas del Alagón. En las zonas vinícolas pacenses saben muy bien que para este particular sirven perfectamente las uvas frescas y el mosto. He aquí el refrán que al respecto se escucha por Villalba de los Barros: *“En el tiempo de la vendimia, la mano al culo poco se arrima”*. Otro tanto cabe decirse de los cardos borriqueros, que comidos en ensalada, en la sabia opinión de quienes viven por la comarca de Las Villuercas, contienen propiedades de reducir las *almorroides* a su mínima expresión.

De malvavisco fabrican por los pueblos de la Sierra de Montánchez una infusión que, endulzada moderadamente, alegra el paladar y al tiempo, puesto que es laxante, emoliente y antiinflamatoria,

reconforta el cuerpo cuando se sufren las enunciadas molestias. Varios vasos al día son más que suficiente. Menos dosis exige la posología cuando el tratamiento se hace a cuenta de las vasoconstrictoras castañas de India: un vaso diario para la tisana y sólo una cucharada para la maceración en alcohol. Las ortigas (Cañamero), las hojas de roble (Santa Cruz de la Sierra, Hernán Pérez) y las hojas de nogal y de nueces (Las Hurdes) constituyen otras tantas materias primas para la confección de infusiones muy tenidas en cuenta por los sufridos pacientes, algunos de los cuales, como constatamos en Valverde del Fresno y Talaveruela, no dejan atrás la toma de avellanas tostadas o la maceración de sus hojas y corteza. Tampoco se resisten las hemorroides al paso por el gaxnate de alguna infusión de hojas de olivo (La Granja, Zarza de Granadilla, Villar de Plasencia), de algún jarabe de ortiga (Arroyo de la Luz, Nava del Rey) y de alguna decocción de hojas de gordolobo, algo habitual en Salorino y La Codosera. Dos tazas al día de estos preparados bastan para conseguir los objetivos propuestos.

Pero, ¡atención!, si nada de lo anterior diera resultado, aún queda un postrero recurso por estas tierras extremeñas. Consiste el mismo en ir corriendo muy de mañana y en ayunas hasta una tomillera, orinar sobre ella, saltarla tres veces y regresar a casa a marchas forzadas. Y aunque esta práctica tampoco eliminase las almorranas, al menos serviría para vaciar la vejiga y para hacer un poco de ejercicio, que bien valdrá para abrir el apetito al comienzo del nuevo día.

## EPISTAXIS

Pongámonos ante una nariz que mana sangre a *borbollones*, y que es necesario cortar. Los remedios, aunque no sean muchos, se encuentran generalizados y apenas muestran variación entre los diferentes puntos de la geografía extremeña. Primera actuación: apretarse las partes blandas de la nariz contra el tabique central durante algunos minutos, al tiempo que la cabeza permanece levantada. En el supuesto de que la hemorragia persista hay que proceder a verter agua, lo más fría posible, en la nuca o *colodrillo*, aunque también vale el aplicar un paño empapado en tan líquido elemento. El toque mágico o religioso toma aquí carta de naturaleza en forma de cruz (con dos palillos basta) sobre el cogote después de haber sido mojado. Otra cruz, en este caso trazada sobre la frente con el dedo untado en la sangre que mana es suficiente para que la hemorragia desaparezca.

Muy popular en la capital cacereña y en los pueblos de su partido es el taparse el conducto sangrante mientras se mantiene levantado el brazo

contrario. Más complicado, y por ello considerado más efectivo para lograr la coagulación, resulta el agarrarse la oreja del lado sangrante con la mano opuesta llevando el brazo por detrás de la cabeza, al tiempo que con los dedos de la otra mano se pinza la fosa afectada. A su lado pervive la costumbre de dejar caer algunas gotas sangrantes sobre la lancha de la lumbre. La desecación del líquido provoca la rápida formación de una costra que impide la emanación del líquido sanguíneo. A idénticos logros se llega atándose un hilo rojo al dedo *moñicli* de la mano coincidente con el sangrante orificio. El resultado de estas últimas actuaciones se nos antojan tan sorprendentes como los que devienen de pasar una pluma de gallina rozando el labio superior para que la sonrisa que se exhala con el roce, al decir de los habitantes de la comarca de La Serena, produzca una inmediata acción hemostática.

Poco clásicos resultan los taponos nasales en Extremadura, si bien en ocasiones llegan a emplearse mechas de algodón empapadas en jugo de zurrrón de pastor o en cocimiento de cola de caballo, así como una pasta de ambas plantas machacadas. El carácter vulnerario de la corteza de encina hace que al aspirar los polvos sacados de ella produzca la cicatrización de la herida. Otro tanto sucede si los polvos proceden del total desmenuzamiento de las hojas de parra o de saúco negro y de la cáscara de higuera. Ni qué decir tiene que la materia prima ha de estar seca completamente, si bien en el caso de la higuera se aprovecha la pulpa fresca para la confección de emplastos con el mismo fin. La solución hemostática es un hecho si se vierten en las fosas nasales algunas gotas de maceración de ortiga y se pinzan acto seguido para que el líquido no salga al exterior. Los polvos extraídos de esta planta seca también producen el cese de la hemorragia. Y, por supuesto, nada de dejar en el olvido la exhalación del jugo de cebolla, que, al tiempo de abrir los conductos lacrimales, cierra las fisuras sangrantes, como bien explican en Segura de León, Bodonal de la Sierra y Cabeza de Vaca. Sin embargo, en la primera de estas tres localidades prefieren colocar sobre el punto hemorrágico una pizca de perejil machacado (37), mientras que en la vecina población de Fregenal de la Sierra optan por el *polvo de iglesia*, es decir, el extraído de lijar el ara de un altar.

## HERIDAS SUPERFICIALES

Ocasiones tuvimos al estudiar la etnomedicina en relación con las lesiones dérmicas de recrearnos con las formas sanatorias de las heridas sanguinolentas. Sin embargo, en aquel momento pasamos por alto los mecanismos que se siguen para

detener las hemorragias que afloran a través de la piel. Vamos a ellos.

Estamos ante un corte, sin importar qué afilado instrumento lo produzca. Sentir el dolor de la sajadura y acercar los labios hasta ella para succionar la sangre, que seguidamente se escupe, es la primera de las medidas antihemorrágicas. Si la propia boca no llega a la herida, la del vecino se hace necesaria. En Cristina y Oliva de Mérida el primitivo efecto aumenta algunos grados si el sanguinolento líquido ya ensalivado se escupe en el fogón. En el supuesto de que el malogrado sea dueño de un perro, la norma dicta que en él tiene su auxilio. Unos *lambetazos* son suficientes para que a la sangre le cueste aflorar por la estrenada abertura cutánea. A falta de la hemostática sustancia salival mano ha de echarse del vino, elemento del que el proverbio no deja la mínima duda: "*Mala es la sajaúra que el vino no cura*". Y si en el vino se cuecen algunos cogollos de romero se consigue una tisana que en cuestiones de lavatorios no tiene parangón. Para lo mismo sirve la decocción de esta planta ("*Mala es la llaga que el romero no sana*") que la infusión de perejil. Aunque como panacea se tiene en Fuente de Cantos una sencilla combinación: lavar la herida con infusión de romero y, acto seguido, taparla con perejil machacado. Si el primero detiene la sangre y desinfecta la *jarretá*, el perejil ejerce como vulnerario y cicatrizador. Por la Sierra de Gata aumentan la virtud hemostática de la herbácea condimentadora añadiéndole una pizca de azafrán.

Pero hay más cocimientos a añadir a los anteriores con idénticos fines detenedores de hemorragias y vulnerarios, dando lo mismo su empleo en forma de lavado, inmersión o aplicación de compresas empapadas en el líquido. He aquí las decocciones de corteza de avellano (Orellana la Vieja, Herrera del Duque) o de encina (Oliva de Plasencia, Jarilla, Casatejada), de trozos de corcho (San Vicente de Alcántara), de hojas de roble (Aceituna, Montehermoso) o de sauce (El Torno, Gargantilla) y de cogollo de jara, muy popular entre los pastores de toda Extremadura. Distintas infusiones se inscriben en el mismo campo de aplicación. Son éstas las elaboradas de hojas secas de llantén (Valle del Jerte), de espliego (Las Hurdes), de cantueso (Sierra de Gata), de nogal (Santa Cruz de Paniagua), de violeta (Sierra de Fuentes, Zarza de Montánchez) y de ortiga o *jortiguilla*. De la última también se utiliza el jugo fresco, una sustancia a la que en cuestiones hemostáticas sólo superan el zumo de limón y el aguardiente. Aquí debe tener un hueco el aceite de pericón (hipérico), cuyo uso no encuentra límites por estas latitudes.

En Magacela y Campanario optan para los menesteres que nos ocupan por una pomada conseguida a base de cocer manteca de cerdo y resina de álamo negro. En Higuera la Real fían la solución

de la sajadura a un ungüento de jugo de acedera y aceite de oliva, que también admite como ingrediente alguna fibra de azafrán. Si en emplastos y cataplasmas nos detenemos, mencionar se deben los de hojas frescas y machacadas de tilo (Plasencia), los de higos (Santibáñez el Bajo, Ahigal, Guijo de Granadilla), los de raíces y hojas de verbena lubricados con vino (Zahinos, Olivenza) y, por supuesto, los de sanguinaria, planta a la que no en vano se la bautizó en la Edad Media como *sanguinalis herba*. Parentesco con lo anterior guarda la general aplicación sobre la herida de una capa de cebolla asada y untada en aceite o de una hoja de sanalotodo, de uso corriente en las proximidades de Badajoz (38). Se considera igualmente apropiado para la formación de coágulos externos que impidan la salida de sangre por la brecha el pegar sobre ésta una lámina dérmica de hoja de higuera chumba, corriente en Coria y pueblos del entorno. En Calamonte utilizan la membrana interna de un huevo, al igual que sucede en Navaconcejo y Perales del Puerto. Y una excepción será el pueblo en el que no se haga lo propio con el papel de fumar o con la tela de araña.

El extremeño cuenta con otras sustancias que asumen una calidad hemostática al conseguir disolverse con la sangre y facilitar la formación de costras. Los polvos destacan sobre cualquier otro producto: de *peo de lobo*, de madera apolillada y de cal. Añadamos a éstos el serrín, la sal fina y el azúcar, productos que adquieren especial significación en el caso de *piterras* o cortes en el cuero cabelludo. Gran valor antihemorrágico, desinfectante y cicatrizante se le concede en todo el área norteña de Cáceres al pan mohoso rallado (39). Mas si la sangre no cesa con los apuntados tratamientos, quizás convenga, como hacen en Herrera del Duque, Villarta de los Montes y Bohonal, cubrir la sajadura con un chorro de miel o, siguiendo las pautas que se marcan en Descargamaría, Hoyos, Casar de Cáceres y Atalaya, pegar una pasta conseguida de amasar con los dedos un trozo de corteza de queso, lógicamente sin que el moho ni otras *jorruras* se les hayan limpiado con antelación.

Por supuesto que en este apartado no faltan los recursos mágicos y religiosos. De los primeros nos topamos el hecho de detener la hemorragia con sólo coger entre las manos un coral, algo que se piensa a pies juntillas en Llerena. En Torrejón el Rubio y Malpartida de Plasencia creen que eso se logra con mayor efectividad atándose a la cintura o al cuello una camisa de culebra. Menos difícil lo ponen en Puebla de Alcocer, donde el remedio se hace inminente si se beben tres gotas de la propia sangre disuelta en un vaso de agua. En la religiosidad popular también se ha buscado la solución a los problemas hemorrágicos. Una pequeña jaculatoria, tal vez un fragmento de una oración mayor,

recita en Belvis de Monroy cualquier persona trazando cruces con el dedo pulgar sobre la herida:

*Cristo por aquí pasó  
y la sangre se cortó.  
Cristo volverá a pasar  
y el corte se curará.*

Al tiempo se cuentan con determinadas advocaciones a las que el pueblo acude en demanda de remedios hemostáticos. Exvotos no faltan en ermitas, iglesias y santuarios que rememoran el milagro, como el que se cuelga en el Cristo del Humilladero de Azuaga. Explicando una sencilla ilustración puede leerse:

*“(...) Juan Gómez de la villa de Alconchel tenía rota una vena del pecho, echaba incesantemente sangre, visitó este lugar y quedó sano” (40).*

En otras ocasiones el simple contacto con una reliquia es capaz de detener la hemorragia y de resañar la herida por muy aparatosa que ésta parezca. Elocuente es en este sentido el poder que emana de la Cruz Bendita de Casar de Palomero, como, a modo de ejemplo, nos refiere este prodigio de los muchos que se conservan documentalmente:

*“(...) y en su casa propia cayó de una escalera y dio con la cabeza en un escalon de piedra e la cayda fue tan grande que se hiço en la cabeza esta testigo una gran herida de la qual le salio mucha sangre y fue tanto que esta testigo entendio que no vibiera fue tanto su gran herida que le dieron a esta testigo el santo sacramento y la unçion e con todos los rremedios posibles y naturales que el çirujano hiço no basto para que la sangre de la herida se tuviese y çesase de salir visto que en esto no avia rremedio ninguno fueron a tocar un paño de lienço en la Bendita Cruz que esta en esta Villa (...) y el dicho paño de lienço aviendole tocado en la Bendita Cruz se lo pusieron a esta testigo en la cabeza y acabado de poner casi luego yncontinente çeso la sangre y no salio mas...” (41).*

#### NOTAS

(1) FLORES DEL MANZANO, Fernando: *La vida tradicional en el Valle del Jerte*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1992, p. 317.

(2) FERNÁNDEZ SALGUERO, Luis, RODRÍGUEZ PASTOR, Juan y RUIZ DE LA CONCHA, J. Ignacio: “Notas sobre algunas plantas de Fregenal y sus cercanías”, *Saber Popular*, Federación Extremeña de Grupos Folklóricos, Fregenal de la Sierra, 1990, 5, p. 46.

(3) LÓPEZ CANO, Eugenio: “Supersticiones y creencias populares”, *Alminar*, Institución Cultural “Pedro de Valencia” y Diario HOY, Badajoz, 1984, 51, p. 4.

(4) FERNÁNDEZ SALGUERO, Luis y otros: *Op. cit.*, p. 44.

- (5) MONTERO CUIEL, Pilar: *Medicina Popular en Extremadura (Encuesta en Madroñera)*, Real Academia de Extremadura y Ayuntamiento de Madroñera, Cáceres, 1992, p. 75.
- (6) GUÍO CEREZO, Yolanda: *Naturaleza y salud en Extremadura: Los Remedios*, Ed. Asamblea de Extremadura, Mérida, 1992, p. 28.
- (7) LÓPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *La provincia de Extremadura al final del siglo XVIII*, Ed. Asamblea de Extremadura, Mérida, 1991, p. 47.
- (8) LÓPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *Op. cit.*, p. 388.
- (9) Cit. CHAMORRO, Víctor: *Historia de Extremadura, III*, Ediciones Cuasimodo, Madrid, 1981, p. 283.
- (10) Cit. CARRIL, Ángel: *Etnomedicina. Acercamiento a la terapéutica popular*, Castilla Ediciones, Valladolid, 1991, p. 65.
- (11) GUÍO CEREZO, Yolanda: *Naturaleza...*, p. 44.
- (12) FERNANDEZ SALGUERO, Luis y otros: *Op. cit.*, p. 46.
- (13) CHÁMORRO, Víctor: *Tierra sin tierra*, Barcelona, 1968, p. 176.
- (14) LÓPEZ DE VARGAS MACHUCA, Tomás: *Op. cit.*, p. 482.
- (15) Plinio (*NH.* XXVIII, 64 y 57) escribe acerca de su curación por medio del excremento de asno extraído tras su nacimiento.
- (16) PIZARRO CALLES, Alonso: *Plantas medicinales en Extremadura*, Gráficas Boysu, S.L. Mérida, 1988, p. 219.
- (17) GUÍO CEREZO, Yolanda: *Op. cit.*, p. 31 ss.
- (18) GUÍO CEREZO, Yolanda: *Op. cit.*, p. 29.
- (19) GUIO CEREZO, Yolanda: *Op. cit.*, p. 42.
- (20) VEGAS FERNÁNDEZ, Juan de la: *Balnearios y fuentes minero-medicinales de Extremadura*, Gráficas Sol, (No cita lugar de impresión) 1990, p. 45.
- (21) MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio: “El folklore de los colores”, *El Folklore Frexnense y Bético Extremeño*, Imprenta de El Eco, Fregenal de la Sierra, 1883–1884 (Reedición, 1988), p. 308.
- (22) MORÓN BARDÓN, César: “Creencias sobre curaciones supersticiosas recogidas en la provincia de Salamanca”, *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, Museo Antropológico Nacional, Madrid, 1927, tomo IV. Reeditado en *Obra Etnográfica y otros escritos, I*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca. Salamanca, 1990, p. 164.
- (23) PIZARRO CALLES, Alonso: *Op. cit.*, p. 33.
- (24) *NH.*, XXIV, 39.
- (25) PÉREZ DE LA HIZ. María del Carmen: “Plantas medicinales en Guadalupe”, *Guadalupe. Revista de Santa María de Guadalupe*, Sevilla, 1986, 628, p. 134.
- (26) HURTADO, Publio: *Supersticiones Extremeñas*, Cáceres, 1902 (Reedición por Arsgraphica. Huelva, 1989), 180.
- (27) HURTADO, Publio: *Op. cit.*, p. 137.
- (28) NOGALES, José: “Apuntes para el folklore Bético-Extremeño. Prácticas y creencias populares en el S.O. de España”, *Revista de Extremadura*, Cáceres, 1907, vol. IX, p. 166.
- (29) En ocasiones suelen llevarse engarzadas en plata.
- (30) FERNÁNDEZ SALGUERO, Luis y otros: *Op. cit.*, p. 43.
- (31) FONT QUER, P.: *Plantas medicinales*, Ed. Labor, Barcelona, 1988, p. 609.
- (32) PIZARRO CALLES, Alonso: *Op. cit.*, p. 233.
- (33) MONTERO CUIEL, Pilar: *Op. cit.*, p. 76.
- (34) DOMÍNGUEZ MORENO, José María: “Virtudes mágicas y curativas del lobo en Extremadura”, *Revista de Folklore*, Caja España, Valladolid, 1992, 142, p. (Ver página).
- (35) Cit. CARRIL, Angel: *Op. cit.*, p. 68.
- (36) Cit. FONT QUER, P.: *Op. cit.*, p. 168.
- (37) FERNÁNDEZ SALGUERO, Luis y otros: *Op. cit.*, p. 46.
- (38) LÓPEZ CANO, Eugenio: *Op. cit.*, p. 5.
- (39) La curación mediante este método es práctica habitual por toda la geografía europea. Estamos ante la utilización “médica” de los hongos del moho antes del descubrimiento de la penicilina. LIS QUIBEN, Víctor: *La medicina popular en Galicia*, Akal Edit. Madrid, 1980, pp. 16–17.
- (40) RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador: “Exvotos del Cristo del Humilladero de Azuaga (Badajoz)”, *Antropología Cultural en Extremadura*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1989, p. 129.
- (41) PALOMO IGLESIAS, Crescencio: “Milagros de la Bendita Cruz de la villa de Casar de Palomero”, *Antropología Cultural en Extremadura*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1989, p. 202.





*Si algo saben hacer perfectamente los dioses es divertirse. Y para ello educaban a su prole en las distintas artes de la música. No sabemos si serían los sátiros los más avezados en estas artes pero, al menos, fueron representados reiteradamente como músicos en el arte de tocar los más diversos instrumentos.*

*Al viejo Sileno se le suele representar tocando los címbalos, unos pequeños platillos, al son del los cuales suponemos que Dionisio se emborrachaba. Otros, aun más duchos en sus artes musicales completaban el son remarcando el ritmo con una enorme suela de madera con piezas metálicas que movían con el pié.*

## USADOS POR SÁTIROS EN SUS FIESTAS DIONISIACAS Y POR TÍBICES ACOMPAÑANDO ALEGRES BAILES

El scabellum romano o Kroupezia, como se conocía entre los griegos era, según las distintas versiones de sus propios autores, una especie de sandalia de madera con dos suelas unidas por un borne en el talón que contenían una serie de piezas metálicas y que servía para acompañar el ritmo en ciertos bailes.

Pólux, Suetonio, Cicero en pro Caelio, Arnobio, Agustín... son ejemplo de los que, sorprendentemente, se han fijado en este instrumento y gracias a sus anecdóticos comentarios nos llegaron algunas de sus utilidades como la de su uso dentro de las representaciones teatrales y que con él, el tañedor de aulos indicaba el comienzo y final de los actos. Cualquier otra mención posterior del instrumento se basa en estas escasas citas. Debemos resaltar el *LEXICON UNIVERSALE* de Johann Jacob (1635–1706) un espléndido ejercicio de recopilación de las fuentes clásicas y el *Diccionario de antigüedades romanas y griegas* de Antonio Rich, aunque con algunos errores bibliográficos al menos en la edición de 1883 que es la que conocemos (1).

## LOS SÁTIROS INSTRUMENTISTAS

Nos enfrentamos ahora a las representaciones iconográficas del instrumento donde se nos mues-



Fig. 1

tran unas piezas muy elaboradas, auténticos zapatos de madera y metal “*calceò id ferreò aut ligneò faciebant*”. Similar a los chapines tan de moda en el siglo XV y posteriores, pero estos de madera y con un corte transversal donde colocan las chapas que al entrecrocarse debían hacer un sonido muy parecido al de los chinchines actuales.

En el caso de representaciones escultóricas de los sátiros, aparecen con unos címbalos mientras se acompañan de un *krupezia* simple, es decir, con sólo un par de “chinchines” o chapas metálicas como el que lleva la figura expuesta en el museo de los Uffizi en Florencia (Fig. 1).

En el bajorrelieve en mármol del Museo del Capitolio de Roma, aparece un ejemplo doble, dos pares, uno de mayor tamaño que el otro y tirado a su lado unos címbalos que, como en el caso de las representaciones escultóricas de sátiros, completan el conjunto musical (Fig. 2).

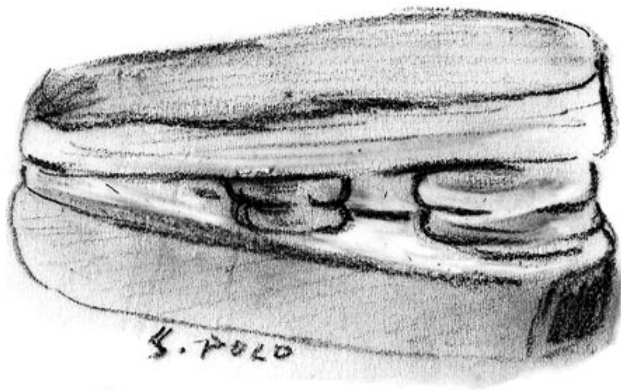


Fig. 2

Tanto en un ejemplo como en el otro es de suponer que estos instrumentos formaran parte de un conjunto musical más amplio, seguramente algún aerófono con el que complementar la música.

Es tal el desconocimiento posterior de este instrumento que en algunas copias realizada por artistas posteriores imitando el estilo de los clásicos, fue eliminado o, como ocurre en casos extremos, fue representado como un fuelle de aire.

Otro dato a tener en cuenta, es que en la actualidad sigue conociéndosele por su antiguo término romano, Scabellum y no fue adaptado su nombre, como ocurre en otros instrumentos, a las lenguas actuales. El término scabellum evolucionaría al castellano como escabel que representa un pequeño peldaño para descansar los pies.

### CUIDADO CON LAS TRADUCCIONES

La mayoría de las versiones en castellano actuales de los clásicos —salvo en ediciones académicas muy cuidadas— suelen realizarse, no a partir de los originales, sino de las traducciones inglesas de esos mismos clásicos. Pero también estos traductores se encuentra con un instrumento musical apenas conocido y que no tiene traducción por lo que se ve obligado a tomar dos caminos: o dejar el vocablo romano que no significaría mucho a la mayoría de los lectores, ampliando su significado con una llamada o nota; o actualizar el término a algún otro instrumento actual. Los ingleses tienen un término muy recurrente para una amplia familia de idiófonos: *Castanet*, y que puede, dentro de un contexto general, adaptarse a las exigencias de la traducción. El problema surge cuando nuestros traductores se encuentran con el término y nuestro scabellum—castanet se convierte en castañuela. En castellano el vocablo sugiere un tipo de instrumento muy particular que poco tiene que ver con el original.

### EL MOSAICO DEL AVENTINO

En 1711 aparece en los jardines de la Iglesia de Sta. Sabina en la ladera cercana al Tiber de la colina Aventino los fragmentos de un mosaico que extraídos en bloques formaron tres bandas de metro y medio de largos con alturas de cuarenta y cinco a sesenta y cinco centímetros y que en la actualidad se pueden admirar en el atrio de la Scala de Bramante (2). Aunque de gran interés cualquiera de ellos, el que hoy nos ocupa representa en su parte central un arco que guarda en su interior una mesa, un ánfora y a un enano o una pequeña figura humana con una jarra en la mano. A cada uno de los lados aparece un grupo de bailarines, acompañados ellas con crótalos y ellos con unas cañas hendidas “*raucos excutiens calamos*” de las que se tienen aún noticias en varias partes de la geografía ibérica y de las que nos ocuparemos en otro momento. Estos bailarines se mueven al compás de una doble flauta tocada por el tíbice que con su pie mantiene el son con el scabellum (Fig. 3–4).



Fig. 3-4

Este scabellum, a diferencia de los anteriormente descritos, parece más “ocasional”, menos trabajado y popular. Da la sensación que el instrumento haya sido fabricado para la ocasión. Es posible que este tipo de scabellum pudiera carecer de las chapas metálicas y limitarse a una simple doble suela de madera como la representada en el dibujo. De ser así deberíamos pensar que tendría alguna concavidad interior que sirviera de resonador para ampliar el sonido del instrumento (Fig. 5).

¿Por qué el scabellum desaparece y no llega a sobrevivir o evolucionar como otros instrumentos de su época? ¿qué instrumento ocupó el vacío dejado por éste? Hay preguntas que sólo pueden recibir contestación con una visión más amplia de todos los instrumentos musicales aquí relaciona-

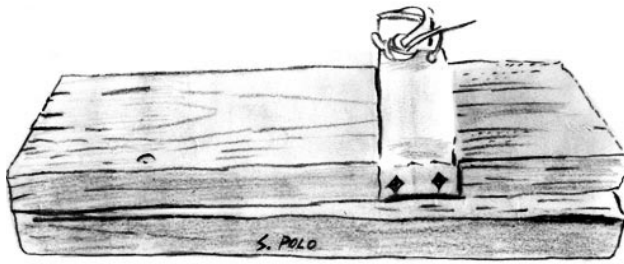


Fig. 5

dos y de los que se puede hablar más adelante. Sirvan estas líneas para llamar la atención del antiguo e ingenioso scabellum, scabella, kroup-zai, kroupala o kroupalon; deleite de griegos y romanos (3).

#### NOTAS

(1) Para los que gustan de revisar las fuentes originales deber acudir a “pro Caelio” 65 y n° 27 y a “Arnobio II”, 42 en vez de 73 como indica Rich. Estos deslices como algunos otros no consiguen deslucir la magnífica obra de este autor que sigue siendo fundamental para el conocimiento de aspectos básicos de las culturas que nos anteceden.

(2) Las referencias al mosaico, así como las fotografía del mismo se las debemos a Ramón Corzo Sánchez profesor titular en la Universidad de Sevilla. Puede verse su trabajo más completo en “Imágenes de las Bailarinas Tartésicas”, *Boletín de Bellas Artes de Sta. Isabel de Hungría*, n° 31, 2003. pp. 205–231.

(3) Para más información gráfica remitimos al lector interesado al sitio web *El mundo de la Castañuelas* <http://www.spolo.jazztel.es/> y en particular a la página <http://www.spolo.jazztel.es/museo/iconografia/picacoteca/-3/p-3.html>.



# GOZOS A LA PURÍSIMA, PATRONA DE CASTROVERDE DE CAMPOS (ZAMORA)

Sarvelio Villar Herrero



En el cancionero religioso de la villa de Castroverde destacan, sobre todo, las canciones dedicadas a la Virgen, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, “La Purísima”.

La devoción a esta imagen en esta localidad zamorana de la comarca de Tierra de Campos, se pone de manifiesto en múltiples momentos del devenir cotidiano de las gentes de este pueblo (1).

La imagen que se venera en el Convento de los PP. Franciscanos, es de una gran calidad artística (2), y al mismo tiempo en torno a ella, hay algunos hechos relevantes que podemos denominar prodigiosos, más que milagrosos.

Desde la llegada de esta Inmaculada al Convento de los Franciscanos Descalzos o Alcantarinos de la provincia de San Pablo hacia 1650 (3), el pueblo ha estado muy unido a su imagen como

testifica que sea la Patrona, que se celebre una Feria en su nombre desde hace más de cien años o que cada cincuenta años se la saque en procesión por el pueblo, —excepcionalmente en años marianos y en rogativas contra la sequía—.

Vayamos al tema que nos ocupa. Los Gozos forman parte de la novena que se celebra en Diciembre, festividad de la Inmaculada, y el 27 de Mayo, La Feria. A esos cánticos se une la Salve que se canta la víspera de una de esas fechas, y la “Salvecilla” (4) al finalizar el acto religioso.

Los gozos son unas canciones religiosas que alaban a Nuestro Señor Jesucristo, a la Virgen y a los Santos, siempre bajo una advocación concreta. Se trataría de una forma de liturgia popular, practicada en actos de devoción colectiva: procesiones, romerías, novenas... que forman parte de la ceremonia.

Parece ser que estas canciones son de origen medieval, y se cree que los más antiguos son los catalanes ya que se trata de una tradición, muy arraigada en Cataluña y Levante, siendo los peregrinos catalanes quienes los llevaron por toda España y por Europa (5).

Los gozos son un género poético “popular” de raíz medieval; su supervivencia se ha confiado no sólo a la memoria colectiva del pueblo sino también a la estampa (6).

Los Gozos a la Purísima de Castroverde, se cantan durante la novena que se hace a la Patrona de la villa, dos veces al año. Desconocemos desde cuando se cantan, pero disponemos de un cuadernillo de la novena de 1801, donde vienen dichos Gozos, lo que nos certifica, casi con seguridad, que tienen que ser anteriores a dicha fecha pues no aparece impresa la melodía musical de los mismos, sólo la letra.

La composición poética y musical, creemos que fue obra de alguno de los religiosos que estuvieron en este convento a lo largo de los ciento cincuenta años anteriores a la fecha que conocemos. Se reparten las veintisiete estrofas que los componen, a lo largo de los nueve días de la novena; así cada día del novenario se cantan tres estrofas más la de introducción, que es con la que se comienza y que se repite después de cada una de las tres estrofas diarias.

El coro empieza cantando los dos primeros versos del estribillo inicial, repitiendo el resto del pueblo los dos siguientes versos. A continuación se canta la primera de las estrofas y se continúa con el estribillo, tal como hemos señalado, y así con cada una de las veintisiete estrofas que componen los Gozos.



NOVENA A LA CONCEPCIÓN INMACULA DE MARIA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA

(cuya milagrosa imagen se venera en el Convento de Franciscos Descalzos de Castroverde de Campos)

AÑO DE 1801

DÍA PRIMERO: GOZOS DE ESTE DÍA

*Sois en Gracia concebida  
Virgen y Madre de Dios,  
Y así esperamos de Vos  
Alcanzar la eterna vida.*

Al veros enriquecida  
Flor del Campo en Primavera,

La devoción os venera  
A la culpa no rendida.

*Sois, etc.*

Si es Azucena escogida  
Vuestra concepción preciosa.  
Alcáncenos poderosa  
La gracia de Dios perdida.

*Sois, etc.*

En Castroverde aplaudida  
Vuestra Imagen milagrosa  
Flores y Frutos rebosa  
de virtud, de gracia y vida.

*Sois, etc.*

DÍA SEGUNDO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

Salisteis sin ser herida  
Del contagio pestilente,  
Y quedó la vil Serpiente  
A vuestras plantas rendida.

*Sois, etc.*

El que os mire engrandecida  
A gloria tan eminente,  
¿No dirá que sois la frente  
Que nos franquea la vida?

*Sois, etc.*

Fuisteis de Dios elegida,  
Y salisteis de su boca,  
Mirad, señora. Que os toca  
Abrigar la Grey perdida.

*Sois, etc.*

DÍA TERCERO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida  
Virgen y Madre de Dios  
Y así esperamos de Vos  
Alcanzar la eterna vida.*

Sois una Oliva florida,  
Cuyos frutos son piedades,  
Y en nuestras calamidades  
Nos abrigáis compasiva.

*Sois, etc.*

Sois sin culpa concebida,  
Sois el Arca misteriosa,  
Y sois la Rama frondosa  
Del Árbol que da la vida.

*Sois, etc.*

Sois para el alma afligida  
Oliva que da salud,  
Da fortaleza y virtud  
Al que en Vos busca acogida.  
*Sois, etc.*

#### DÍA CUARTO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

Vid sois (mas no carcomida  
Del pecado sucio y feo)  
Que en un Racimo el trofeo  
Nos dexasteis de la vida.

*Sois, etc.*

Vid sois, que siendo exprimida  
Por el brazo poderoso,  
Nos dio el vino generoso,  
Que es de los Justos bebida.

*Sois, etc.*

Vid sois harto conocida  
Por la suavidad de olor,  
Que da por fruto al Seor  
Que es Deidad a Carne unida.

*Sois, etc.*

#### DÍA QUINTO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

Rama sois la más florida,  
Del Theberinto oloroso,  
Donde halla abrigo y reposo  
El alma más abatida.

*Sois, etc.*

Segura tiene acogida  
En Vos Theberinto hermoso  
Quien humilde y cuidadoso  
Siga vuestra santa vida.

*Sois, etc.*

En vuestras ramas se anida  
El Dios de amor, y así es cierto  
Que sólo entró en vuestro Puerto  
La virtud, la gracia y vida.

*Sois, etc.*

#### DÍA SEXTO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

En esta Torre escogida  
Siempre el Guarda estuvo en vela,  
Pues fue Dios la centinela  
Que la tuvo defendida.

*Sois, etc.*

La Serpiente fementida  
De esta Torre el fundamento  
Quiso arrancar, mas su intento  
Pagó quedando vencida.

*Sois, etc.*

De mil escudos vestida  
Aparecéis Torres hermosa,  
Pues que de Dios sois Esposa  
Dadnos segura acogida.

*Sois, etc.*

#### DÍA SÉPTIMO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

Si la Iglesia os apellida  
Madre del Amor hermoso,  
En este título honroso  
Mucho a amaros nos convida.

*Sois, etc.*

En pureza concebida,  
Y en santidad consumada,  
La Fe os invoca ilustrada  
Por Madre de Dios querida.

*Sois, etc.*

Pues estamos de partida  
A la celestial morada  
No haya estorbo que la entrada  
A tal dicha nos impida.

*Sois, etc.*

#### DÍA OCTAVO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

Madre del Sol escogida  
Fuisteis Reyna Soberana,  
Y jamás miseria humana  
en Vos fue vista ni oída.

*Sois, etc.*

La Luz Divina nacida  
De los Cielos atrajiste,  
Y en ellos al mundo diste  
Franca y segura acogida.

*Sois, etc.*

La Luz sois aparecida  
En Castro-Verde de gracia,  
A quien no tocó la audacia  
De la Sierpe fementida.

*Sois, etc.*

Coro

Sois en gracia con-ce-bi-da Vir-gen

y Ma-dre de Dios Todos Y a-sies-pe-ra-moa-por

Vos al-can-zar la e-ter-na vi-da.

ESTROFA

Al ve-ros en-ri-que-ci-da Flor-del

cam-po en pri-ma-ve-ra la de-vo-ción os ve-

ne-ra a la cul-pa no ren-di-da. Sois en gracia-

#### DÍA NONO: GOZOS

*Sois en Gracia concebida...*

En los Cielos colocada  
Fuisteis por el Soberano  
Pues ya estabais en su mano  
Aun antes de ser criada.

*Sois, etc.*

En alto solio sentado  
Brillante como la Aurora,  
El Cielo todo os adora  
como Madre coronada.  
*Sois, etc.*

En él graciosa morada  
(Madre amable) nos alcanza  
No frustres nuestra esperanza  
En Castroverde adorada.

*Sois en Gracia concebida  
Virgen y Madre de Dios  
Y así esperamos por Vos  
Alcanzar la eterna vida.*

#### NOTAS

(1) En torno a la Purísima giran las fiestas patronales de Castroverde. Los patronos de la villa son San Fabián y San Sebastián, pero esta fiesta, antes muy celebrada, hoy en día apenas tiene relevancia, solamente se mantiene la parte religiosa, y también el descanso pues la fecha, 20 de Enero, en una localidad eminentemente agrícola, anima a ello. Además de la Fiesta del día 8 de diciembre con sus novenas, Salve, etc., se celebra también la Feria de la Madera, 27 de mayo, que en 1892 pasó a ser Fiesta en Honor de la Purísima, como Voto de Villa por los favores concedidos al pueblo tras una gran sequía. Los Ramos de Rogación y Acción de Gracia también se dedicaban a la Purísima, y desde los años ochenta del siglo pasado, el fin de semana de agosto anterior al día 15, nuevamente se canta la Salve.

(2) La imagen de la Inmaculada que se venera en Castroverde, es una escultura, tallada en bulto completo y en un solo bloque, que fue realizada en Valladolid en el primer tercio del siglo XVII y su coste, de siete mil reales, es considerable para la época. Se atribuye al taller de Gregorio Fernández y si no es obra de él, sí lo es de un escultor de su círculo, a quien sigue fielmente en las características del modelo creado por él: cabeza redondeada, cuello alargado, cabellos ondulantes dispuestos simétricamente

en caída sobre el manto y manos juntas en actitud de oración; túnica blanca ceñida mediante cintillo con lazo y decorada con monogramas marianos y ramilletes de flores; manto azul con ancha orla policromada y tachonada con estrellas y pedrería engastada; ambos –túnica y manto– forman pliegues angulosos y quebrados en su tercio inferior. Ceñida en sus sienes una corona de plata y circundada por un halo de rayos rectos y flameados, alternando, aparece hollando al dragón apocalíptico, enroscado al cuarto lunar, que mantiene abiertas las fauces y la lengua erguida mientras bate las alas desplegadas y retuerce la cola.

(3) El convento de la Purísima Concepción de la villa de Castroverde fue fundado, mediante disposición testamentaria, por el médico don Alfonso Deza de Castro. Tras su fallecimiento, en el año 1605, dos años después comenzaron las obras del edificio y se terminaron en 1613, fecha en la que se establece una comunidad de franciscanos descalzos o alcantarinos de la provincia de San Pablo. El edificio estaba al lado de la parroquia de San Salvador, quizá la primera de la villa. A partir de este momento, estuvo ocupado por los franciscanos hasta la excomunión de 1835, fecha en la que el convento quedó abandonado y parcialmente derruido, hasta que en 1896 se hizo cargo de él una nueva comunidad franciscana de la provincia de Santiago. Desde entonces, hasta la fecha, el convento ha seguido ocupado por los Franciscanos que en su momento tuvieron un Seminario Menor; eran los finales del cincuenta del siglo pasado, pero sólo tuvo esa dedicación ocho años.

(4) Con motivo de celebrarse los 300 años de la llegada de la Imagen a este Convento, el P. Antonio Rojo, franciscano del mismo escribió en 1950 un Himno a la Purísima en su tercer centenario; a esta canción, se la denomina “Salvecilla” y se canta al finalizar el acto religioso de la Salve Popular.

Sal-ve, Vir-gen de los cie - los Dul - ce  
Ma-dre In - ma - ou - la - da Rei-na de tie - rra de Cam -  
pos Rei - na de tie - rra de Cam - pos Y' en Cas-tro-ver  
de a-ola- ma - da. Rue- ga por no so tros Ma-dre In  
ma-ou - - la - - - da.-

Eres más bella que el sol  
Más pura que la mañana  
Más esbelta que la espiga (bis)  
Que en mi campo se desgrana.

*Ruega por nosotros...*

Eres amparo y refugio  
Del pecador que te llama  
Eres amor y eres vida (bis)  
De este pueblo y su comarca.

*Ruega por nosotros...*

En la hora de la prueba  
Cuando ruge la borrasca  
Los hijos de Castroverde (bis)  
Aquí encuentran la bonanza.

*Ruega por nosotros...*

Escucha Madre querida  
El grito de mi garganta  
Cuando al pie de tus altares (bis)  
Venga a derramar mis lágrimas.

*Ruega por nosotros...*

(5) La antigüedad de los Gozos, “Goigs” en Catalán, es defendida por Judit Balzac i Grau.

(6) En 1988, José Ángel Rivera de las Heras elabora una carpeta con el título genérico de *Colección de ocho gozos a las advocaciones de la Virgen María en la diócesis de Zamora*, que contenía ocho estampas de otras tantas advocaciones marianas diocesanas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BALSACH I GRAU, Judit: “Los «Goigs» en Cataluña”, *Revista de Folklore*, Nº 81, 1987.
- BARRIGUÍN, Hipólito: *El convento franciscano de Castroverde de Campos*, 1992.
- LÓPEZ, Fray Atanasio: *Reseña histórica del convento de La Purísima Concepción de Castroverde de Campos*, Eco Franciscano, 1906.
- NIETO GONZÁLEZ, J. R.: *Una Inmaculada del círculo de Gregorio Fernández*, Salamanca, 1976.
- RIVERA DE LAS HERAS, J. Ángel: *La estampa religiosa popular en la provincia de Zamora*, 1997.
- SAN ANTONIO, Fray Juan de: *Crónica de la provincia de San Pablo*, Salamanca, 1748.





# LOS BOLOS DE MIGUELÁÑEZ

Ignacio Sanz

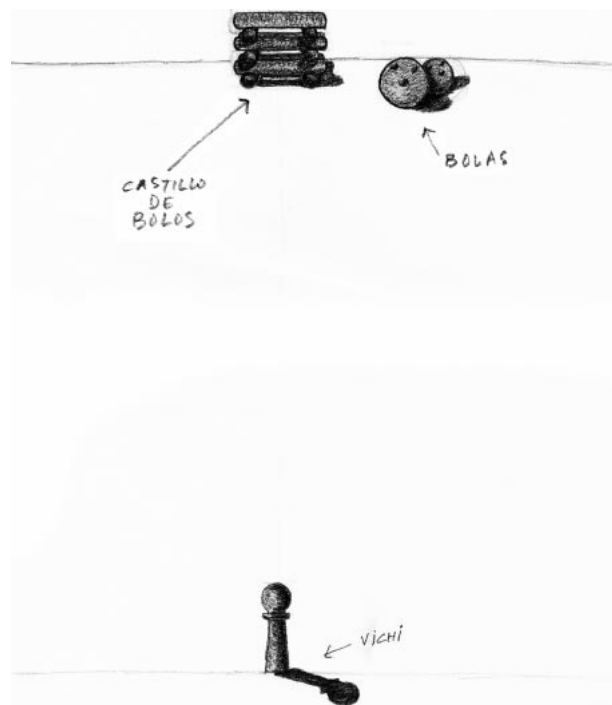
Por más que parezcan trillados, los caminos de la etnografía, resultan a veces sorprendentes. Tal es el caso de los bolos de Migueláñez; nos encontramos, una vez más, con un desplazamiento del juego tradicional tal como se concebía, usado ahora como rito conmemorativo de una cultura que atraviesa por momentos agónicos pero que, sin embargo, se resiste a morir.

Migueláñez es un pueblo situado en el centro este de la provincia de Segovia, en la zona de Santa María de Nieva; cuenta en la actualidad con 160 habitantes. Un recorrido por sus calles nos lleva a pensar que ha sufrido un éxodo masivo, pues el pueblo, tanto por su estructura urbana como por el empaque de sus casas, vivió sin duda momentos de cierto esplendor. Algunos de los edificios están contruidos con pizarra, extraída de las canteras de la zona, lo que le da un toque muy peculiar a su arquitectura. Migueláñez tiene connotaciones míticas para muchos niños de la provincia porque en este pueblo se fabricaba el célebre chocolate Herranz que fue socorrida merienda en las décadas de los cincuenta-sesenta del pasado siglo.

De manera inveterada a los bolos se jugaba durante la cuaresma y lo hacían siempre las mujeres que, agrupadas por calles, plazas o plazuelas formaban equipos de tres jugadoras. El equipo perdedor pechaba con una pequeña cantidad de dinero que se iba acumulando y con la cantidad finalmente obtenida se hacía una merienda entre todas las participantes. Algo semejante ocurría en la provincia de León, tal como ha dejado escrito Olegario Rodríguez Cascos: *Pueblos alfareros como son Santa Elena de Jamuz, Jiménez de Jamuz y Villanueva de Jamuz, tuvieron como fuerte entretenimiento el juego del bolo «cuerno», por regla general practicado durante las siete semanas de la Cuaresma. El aliciente e interés de tan rara modalidad era jugarse la merienda* (1).

Con la emigración masiva esta práctica cayó en desuso pero, como las lagunas de Ruidera, reapareció más tarde incorporada al programa de las fiestas locales que se celebran el 15 de agosto. De modo que ahora ya no se desarrolla en las calles sino que es la plaza mayor el marco que acoge este juego que cumple, como hemos dejado dicho, un papel conmemorativo de un viejo rito de confraternización. Esta costumbre de jugar durante los días de la cuaresma aún sigue vigente en el pueblo de Bernardos, situado a algo más de

un kilómetro de distancia de Migueláñez. Pero lo que nos ha llamado la atención no es tanto la costumbre en sí, como la singularidad del juego que practican las mujeres de Migueláñez, del que no conocíamos paralelo.



Esta singularidad viene determinada por la existencia del “castillo” formado por 11 bolos de unos 30 centímetros de altura, con un diámetro de 3 centímetros en su parte media, que se colocan tumbados en paralelo de dos en dos, de tal forma que, sobre los dos primeros se colocan otros dos en perpendicular a aquellos y así hasta formar un “castillo” de 10 bolos; y sobre los dos últimos se coloca uno solo a modo de remate.

El “Vichi” es un bolo algo más grueso que se coloca pinado a unos 8 metros del “castillo”. El juego propiamente dicho consiste en tirar con una bola de tal modo que el primer impacto golpee sobre el castillo tratando de desplazar los bolos que lo conforman más allá del “vichi”, al que, si fuera posible, debe derribar también la bola. Una vez ejecutada la primera tirada, la jugadora tira de nuevo, ahora desde la raya del “vichi” hacia el “castillo” con la bola y con los bolos que re-

basaron la raya o que quedaron montados sobre ella. Para ello se monta de nuevo el “castillo” con aquellos bolos que no rebasaron la raya. El objetivo es simplemente tocar el “Castillo”, es decir que no es preciso derribarlo. Primero se tira con los bolos y por último con la bola. Además, los bolos, una vez tirados, se incorporan al “castillo”.

La tabla de puntuación es la siguiente:

Por bola pasada . . . . .	.5 puntos
Por tirar el castillo aunque sólo sea un bolo . . . . .	.5 puntos
Por cada bolo pasado . . . . .	10 puntos
Por cada bolo en raya sin pasar y se tira de vuelta . . . . .	.5 puntos.
Por tirar el “vichi” . . . . .	15 puntos.
Por dar con el bolo o la bola de vuelta, aunque no se derribe el castillo . . . . .	10 puntos.

En la actualidad se forman dos juegos en la plaza mayor que discurren en paralelo y el equipo ganador en cada uno de los juegos, formado por tres mujeres, compite entre ellos para determinar cuál es el campeón. Los premios son regalos comprados por la comisión de fiestas.

De esta manera se rememora durante una de las tardes de la fiesta un juego que tuvo ocupadas durante generaciones a lo largo de la cuaresma a todas las mujeres de Migueláñez.

Es curioso observar que a la par que las mujeres practican los bolos, los hombres juegan entre ellos al juego de la calva en un espacio que está situado a las afueras del pueblo, al lado de la plaza de toros; y así como no vimos hombres observando los bolos en la plaza, tampoco había mujeres en los corros de la calva masculina, como si, de manera inconsciente, se reprodujera también la diferenciación que marcaba los roles de género en la antigua sociedad tradicional.

---

NOTAS

(1) RODRÍGUEZ CASCOS, Olegario: *El juego de bolos en tierras leonesas*, Editorial Nebrija, León, 1978.

Mi agradecimiento a Priscila de Frutos que me informó de la existencia del juego y me asesoró de sus reglas. Y mi reconocimiento a Laura Benito, alumna de la escuela de Artes Aplicadas “La Casa de los Picos”, de Segovia, autora del dibujo que ilustra este artículo.



# Instrumentos musicales en la Navidad madrileña (1)

José Manuel Fraile Gil

Sorprenderá al joven de hoy –cuya vida acaso se rija por el calendario escolar y por las campañas publicitarias de los grandes almacenes– la gran extensión que tuvo antaño la Pascua de Navidad y los muchísimos cantos e instrumentos propios o improvisados con que se celebraba el solsticio de invierno.

Decían algunos que: *Un mes antes y un mes después, Nochebuena es*, y otros afirmaban que: *Hasta San Antón (17 de enero), Pascuas son*; desde luego las coplas reflejan el ansia con que las gentes anhelaban su llegada:

*Nochebuena, nochebuena,  
¡cuánto tardas en venir!,  
que te estamos aguardando  
como a las rosas de abril.*

(Guadalix de la Sierra) (2).

*Nochebuena, nochebuena,  
¡cuánto tardas en venir!,  
que te estamos esperando  
como el agua al mes de abril.*

(Valdemanco) (3)

Lo cierto es que a partir del 1 de noviembre (festividad de los Difuntos) era lícito ya menear los panderos y cantar las coplas y villancicos, que iban desde lo más sacro y lírico hasta lo más profano y bullanguero. García Matos comentaba ya al mediar el Siglo XX que en la tierra de Madrid: “*La Nochebuena [...] se festeja a base de las solemnidades y esparcimientos, que son como de rúbrica en todas partes: misa del gallo con cantos y villancicos, banquetes y regocijos familiares, rondas callejeras, en las que al compás de zambombas y almireces se entonan los romancillos, los nacimientos, pastorelas [...], tarantanes o talandares, coplillas y aguinaldos. No faltan tampoco los cantares amorosos, y sobre todo los que podemos llamar cantos corridos y de relación, que sin embargo, de servir principalmente a las costumbres de mayo y otras, salen también a plaza en estas rondas tradicionales, pues que la Nochebuena arranca de los labios cuantas tonadas rondadoras (religiosas o profanas) guarda la memoria de los aldeanos*” (4).

Vamos a tratar ahora de saber cuáles fueron los instrumentos con que chicos y grandes acompañaron –y excepcionalmente acompañan hoy– los cánticos navideños profanos y religiosos que comentaba Matos, que tanto se usaron en la Villa y Corte y en los doscientos lugares que la rodean, y que hoy han sucumbido bajo el voraz avance del *ande*, *ande* y *los peces en el río*, que repiten machacones en versiones más o menos edulcoradas los altavoces de las grandes superficies comerciales (5). En muchos pueblos –en casi todos los que desparraman



Figura 1: De las manaditas de pavos que guiaban diestramente las paveras con su vara, se escapaba algún goloso de cuando en vez a picotear lo que otras vendían.

su caserío por las estribaciones serranas– tocaron también los guitarreros las melodías navideñas locales; pero en los esparcimientos familiares y en las breves rondas que desafiando al frío iban de una casa a la del pariente, eran siempre instrumentos más caseros los encargados de acompañar el canto y de animar la broma. A esta sencilla, pero acompasada orquesta, que fue común a toda la piel de toro y a los dos archipiélagos que la complementan, vamos a dedicar los siguientes párrafos haciendo hincapié en las menudencias y particularidades con que se revistieron en la antigua provincia madrileña, para intentar salvaguardar algo la variante local tan característica de la cultura tradicional y tan perdida hoy en pro de un *folk* que todo lo unifica.

Entonces como ahora, la llegada de diciembre marca el momento de fabricar, comprar o empezar a utilizar el menaje de cocina para improvisar la completa organo-

logía casera. Dada la precaria economía que manejaba el común de los mortales, eran bien pocos los instrumentos que podían mercarse al intento. En Madrid capital hubo siempre un mercadillo donde feriar todo lo relacionado con las Pascuas navideñas. Amén de los rebaños de aves –que las paveras guiaban diestramente con una vara por las entonces más despejadas calles de la Villa (Fig. 1)–, compraban los padres, abuelos y tíos los materiales para construir el belén, que entonces se denominaba el *nacimiento*. Este mercado temporal está hoy ubicado en el centro de la Plaza Mayor (6), en cuatro manzanas de casetas construidas por el ayuntamiento y dedicadas a estos menesteres hasta el día de Nochebuena, pues desde entonces y hasta la fiesta de Reyes venden allí los llamados artículos de broma con que los madrileños del Siglo XXI podemos ensordecer al vecindario y perpetrar más de un atentado contra el buen gusto.



Figura 2: En diciembre de 1986 eran aún muchas las zambombas, emperifolladas con papeles multicolores, las que se veían en los puestos navideños de la Plaza Mayor (Foto: J. M. Fraile Gil).

Cada vez son menos allí las paradas que alinean en sus estantes las zambombas y panderetas que antes eran su principal mercancía (Fig. 2). Pero hasta no hace muchos años algunas familias comenzaban a fabricar meses antes las zambombas para la venta, que se hacían en unos botes de conserva bien lavados y rematados para dejar muy romos los bordes y evitar así accidentes inoportunos. Colocaban y ataban luego el pedazo de piel que sostiene la caña, y todo ello se cubría con papeles multicolores. Con papel de seda se hacía el gallardete y los flecos que remataban el extremo de la cañita. Las panderetas colgaban de las cornisas en escala decreciente y no faltaban tampoco enormes panderos: la presa más codiciada por los grupos de madrileños que aún celebraban como antaño las navidades (Fig. 3).

Pero como el aspecto de nuestra gran Plaza no fue siempre el que hoy presenta, –pues hubo en su centro incluso jardines hasta que fue solada con los agudos adoquines, que hoy destrozan los pies y el calzado de quien intenta pasearla–, se celebraba este mercadillo en la inmediata plazuela de Santa Cruz; allí lo conocieron y des-

cribieron todos los costumbristas madrileños que trabajaron en el Siglo XIX y hasta mediados del XX. En 1849 Antonio Flores comentaba: “*El corregidor constitucional no duerme tranquilo hasta dejar firmada una copia del bando [...]; por él se permite colocar los nacimientos y los pastores de barro en la plazuela de Santa Cruz el día 9 de diciembre, y los dulces en la Plaza Mayor el día 18*”. Para indicarnos más adelante que los padres de familia: “[...] se lanza[n] y compra[n] un nacimiento para los niños pequeños, y panderetas, tambores, chicharras, rabeles y otros agradables instrumentos por el estilo”. Y Pedro de Répide nos lo pintaba así en los años veinte del pasado siglo: “*Esta plaza [la de Santa Cruz], una de las tradicionales de Madrid, conserva todos los años por Navidad su pintoresco aspecto de mercado de figurillas de barro, para componer los «Nacimientos», y de panderos, tambores, rabeles y zambombas con que dar ruidoso acompañamiento al cántico de los villancicos*” (8).

Mucho debieron tocar el tambor los niños *gatos* en las nevadas y frías navidades de aquellos años; la novela



Figura 3: En el grabado “*La Plaza Mayor en Pascuas de Navidad*”, publicado a fines del Siglo XIX vemos a dos pequeños tamborileros ensordecido el ambiente.

costumbrista está henchida de referencias al escándalo que los pequeños tamborileros organizaban en las calles y escaleras de vecindad. Pero desapareció pronto el marcial instrumento de las Pascuas Navideñas en la gran urbe, y su uso quedó relegado a pueblos como Navalcarnero (9), Casarrubuelos (10), Cubas de la Sagra –donde sirvió de apoyo rítmico a las *corroblas* (11)–, en los aguinaldos del Niño que los mozos entonaban en ambas márgenes de la Somosierra (12), y en esta copla de El Atazar:

*La noche de Nochebuena  
se consumen muchas nueces,  
se tocan muchos tambores,  
panderetas y almireces* (13).

La mayor parte de los tambores que subsistían en los pueblos madrileños, eran viejas *cajas* traídas del ejército o compradas en puestos del Rastro, donde aún conocí yo la venta de objetos militares en desuso, tales como: uniformes gastados, sábanas de retor, fundas de lienzo para colchonetas, cornetas abolladas, y algún que otro tambor de aro metálico herrumbroso y parche rasgado. Amén de lo mucho y fuerte que debió tocarse el tambor madrileño en otras épocas del año –sobre todo durante el subversivo carnaval, tiempo para trastocar lo establecido, arrinconar la guitarra y templar de nuevo los viejos parches–, recogí también en San Martín de Valdeiglesias referencias a *una tambora, que los muchachos hacíamos en Nochebuena*; al parecer semejava un gran tambor construido en un recipiente, generalmente un latón, con la piel de un animal que solía ser de oveja, conejo y, sobre todo, de perro. Una vez finalizada la Novena de los Santos (1 de noviembre) se sacaban a la calle estas tamboras y a base de golpes –con las manos o con dos palillos– se hacía todo el ruido posible para anunciar que el tiempo de Navidad estaba ya cercano (14).

Otro instrumento que podía ferirse en puestos o almacenes eran las castañuelas, que se usaron fundamentalmente para acompañar los villancicos en Montejo de la Sierra. En aquel pueblo serrano se llevaron, bien abrigadas en bolsillos y faltriqueras, a la misa del gallo, resallando allí a más y mejor entre el metálico sonido de las panderetas. Las llamaban *pitos*, o *pitinos* cuando eran pequeñas, y eran las mismas que –como acaecía en toda tierra de garbanzos– sonaban al compás de la jota o las seguidillas que se oían a lo largo de todo el año.

A los rabeles que mencionó ya Répide (15) dedicaremos unos cuantos párrafos por lo enredada que anda su nomenclatura y tipología. El rabel es un instrumento de cuerda (16) –una, dos o tres según sus diferentes áreas de supervivencia– que se frota con un arco encordado con crines de caballo impregnadas con resina. A simple vista parece la edición rústica del lujosamente encuadernado violín, y así lo veía Galdós en uno de sus *Episodios Nacionales*, ambientado en 1854: “[...] *pero los vecinos se quejaban del ruido que hacía, porque el violín que tengo canta como un grillo y en los graves parece un rabel de los que tocan los chicos en Navidad. –Pues nada, cuenta con un violín bueno de aprendizaje–*” (17). Esos rabeles



Figura 4: Anchelo, diciembre de 1994. Guillermo Sanz Corral toca el *arrabel* al estilo de los rabelistas polacioniegos de Cantabria, rodeado del bullicio que imprimen a aquellas Pascuas los pandereros, almireces y *ginebras* de huesos. (Foto: M. León Fernández).

primitivos que se vendieron en la Plaza de Santa Cruz por Navidad fueron los antepasados de otros que a duras penas han sobrevivido en la campiña madrileña. El único pueblo donde le oímos aún chirriar acompañado de las sonajas, zambombas y panderetas fue en Anchuelo (Fig. 4), donde lo apodaban *arrabel*. Los dos ejemplares que allí admiré, muy parejos en su hechura, se habían construido en una gruesa caña de unos ochenta centímetros de largo, cuyo extemo inferior tenía un clavillo donde asegurar una cuerda entorchada de guitarra (*Como entonces había guitarreros, cuerdas de esas no faltaban*), tensada al extremo superior de la caña por una bien labrada clavija de madera que atravesaba aquel mástil. Como caja de resonancia se coloca, entre la caña y la cuerda que la aprisiona, una vejiga de cerdo hinchada que tiene aproximadamente el tamaño de un melón pequeño. Para afinar el instrumento se sube o baja la vejiga, teniendo en cuenta que el arco ha de pasar y repasar siempre por el segmento de cuerda que queda entre el globo y la clavija. El arco para tocarlo se hace con un tallo de los muchos que por el pie echan los olivos, y que dicen allí *perujo*, curvándole, al tiempo que atan la propia crin de caballo a los dos extremos de la varita de olivo (18). En el confín alcarreño de la Provincia, la prodigiosa memoria de Segundo recordaba cómo en su mocedad aún no se utilizaban cuerdas de guitarra para la única del rabel, que se fabricaba con varias crines caballares, que daban al instrumento un sonido más delicado: *El arrabel se hacía con una caña gorda y la vejiga del cerdo, y se ponía un manojito de crines; y luego con un arco que se hacía con un ramón de olivo, que se doma divinamente, y también con crines de caballo, y se tocaba como si fuera un violín* (19).

En otros rincones de Madrid el recuerdo del rabel se desdibuja ya por momentos en la memoria de los mayores; así en Serranillos del Valle: *Aquí lo principal para la Nochebuena era la zambomba y el rabel, pero zambombas ha habido hasta hace poco, rabeles no. Los rabeles*

*se hacían cuando yo era un chico, entonces sí; se hacía con la vejiga, con la misma con la que se hace la zambomba pero sin romperla, hinchándola como un globo, y luego se ponían un palo; hacían ñam, ñam, pero casi no me acuerdo (20).*

La costumbre de hinchar la vejiga del cerdo es muy antigua y se hacía tanto para construir estos rabeles como para endurecer, golpeándola, las paredes de aquel globo, obteniendo con ello un balón para jugar y una grotesca herramienta de defensa. Son muchos los zamarrones y diablos que en danzas y paloteos despejan la concurrencia armados con una vara de la que penden dos o tres vejigas hinchadas. Por no ser largo voy a citar dos ejemplos al respecto ubicados en los madriles. Cuando en el Siglo XVIII la Procesión del Corpus tenía en Madrid toda la parafernalia teatral propia de esa celebración, el *zamarrón* o *mojigón* blandía ese arma defensiva. Una descripción antañona nos retrata así al personaje y su atributo: “*La víspera del día del Señor salía un hombre vestido grotescamente al que llamaban el mojigón, el cual llevaba en la mano una vara con dos vejigas de carnero infladas colgando. Con este botarga iban una porción de hombres y mujeres vestidos, ellos de moros y ellas de ángeles, con alas y toneletes blancos, guardadas por San Miguel, que era un joven de gallarda presencia con cabellos rubios, éste llevaba en la mano una espada desnuda y en la otra un escudo ovalado. A esta comarsa seguía el tamboril y la gaita de la villa, músicos que tenía el Concejo para las fiestas públicas, y de los que existen hoy descendientes en el mismo oficio, si bien no en la Corte, y por no estar dotados por la Villa, tocan en las romerías de los pueblos de la Provincia*” (21).

Por su parte don Ramón de la Cruz en un sainete emparentado con las comedias de magia, tan usuales en el Siglo XVIII, acota al hablar de los adláteres de un mágico:

**VIZCONDE:**

—¿Qué quieres tú, vida mía?

**EUROSIA:**

—¿Qué quieres tú, dueño amado, de mi corazón?

**“MAGICO:**

—Sacar ahora al zapatero desde su cama aquí fuera;

(Lo sacan y lo dejan en el suelo)

ponerle en aquese suelo,  
y por almohada la piedra.

**PEREGRINOS:**

—Señores, queden con Dios,  
y perdonen la molestia (Vanse).

**MATACHÍN 1:**

—Apagad la luz.

**MATACHÍN 2:**

—Ya está.

Como se dice en tinieblas.

**MATACHÍN 1:**

Ahora zurra, y escapar  
mientras el pobre despierta,  
y hasta que llegue la hora...

**LOS TRES:**

—Que nos sepulte la tierra.

(Le pegan con las vejigas, y se hunden)” (22).

Pero zambomba se llamó en muchos lugares a la propia vejiga del de la vista baja; y así en Pedrezuela o Guadalix de la Sierra, donde: *El día de la matanza enseguida los chicos estábamos pidiendo la zambomba, la inflábamos y dábamos con ella en la pared, para que se pusiera dura* (23). En actitud de inflar una a dos carrillos aparece un niño que pintó Goya en sus escenas infantiles (Fig. 5) hacia 1775 (24).

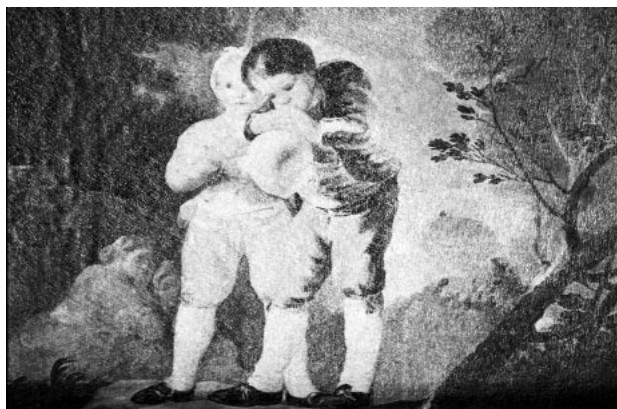


Figura 5: Un juvenil Goya captó lo mejor de la infancia madrileña para solaz de un anodino Carlos IV y de una pérfida María Luisa.

Pero el asunto del rabel genera además en nuestra Provincia una cuestión bastante confusa, pues el vocablo tiene una fuerte polisemia en las cuatro esquinas de esta tierra; y es que seguramente el rabel de cuerda, que debió estar muy generalizado dejó, al ir desapareciendo, un indeleble recuerdo en la memoria colectiva, que acabó asignando este nombre a otros instrumentos navideños de fabricación y uso más cómodo, que por ello siguieron tocándose durante mucho más tiempo. Y así en Fuentidueña de Tajo llaman *rabel* a las sonajas, en San Agustín de Guadalix y en Valdetorres del Jarama llamaban *errabel* y *rabel* respectivamente a la zambomba, mientras que en El Bóalo, Gargantilla de Lozoya y Colmenar de Oreja *arrabel* es la palabra que designa a la huesera, compañera indispensable del *barril* o zambomba en los cantos navideños que entonan los colmenaretes.

Y ya que de hueseras andamos hablando, conviene reseñar que la antigüedad de este sencillo instrumento debe de ser mucha, pues en *El diablo cojuelo* (1641) encontramos una referencia a esta sarta de huesos colocada entre otros muchos instrumentos que ya por entonces merecían el adjetivo de rústicos o pastoriles: “*Con esto salieron del* (soñado al parecer), *edificio, y enfrente dél*

descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofás a su amigo qué casa era aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, “que tampoco la he visto en la Corte, y me parece que hay dentro regocijo y entretenimiento” –Ésta es la casa de los locos– Respondió el Cojuelo, que ha poco que se instituyó en la Corte, entre unas obras pías que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castiga y curan locuras, que hasta agora no lo habían parecido” (25). Solamente en la rica memoria de un cantor de Santorcaz quedaba recuerdo de aquella denominación que debió ser corriente en el Siglo XVII: *En Navidad se tocaban mucho los panderos, unos panderos grandes con palillos y castañuelas, la zambomba y la ginebra. La ginebra se hacía con huesos de oveja, que se enfilaban así; y quedaba como una escalerita, y eso se rascaba con una castañuela; eso era la ginebra* (26).

Estas hueseras o ginebras fueron también patrimonio de toda la geografía madrileña. Acompañaron al baile de pastores que se hacía en Rascafría, a los villancicos que se cantaban en El Berrueco –donde se las rascaba con una cuchara de palo y se llamaban *carrañuelas*–, alcanzando un papel protagonista en los pueblos del Sur y del Este madrileños, conservando su preminencia hasta el día de hoy en Colmenar de Oreja (Fig. 6). Esos *arrabeles* se construyen con los huesos de las manos, que no de las patas, de las ovejas adultas, que en número de doce o catorce se enfilan con un alambre de punta incandescente que los va atravesando por los dos vértices formando una U mayúscula en su extremo inferior, que sirve como asidero para la mano izquierda. La dureza del alambre hace que el instrumento no quede articulado sino rígido y medianamente ladeado, a fin de buscar la postura natural para tañerlo mejor. Hoy se descarnan los huesos hirviéndolos o limpiándolos con sosa, pero antaño se recogían en los muladares, donde el sol, las inclemencias del



Figura 6. Los *barriles* (zambombas) y *arrabeles* (hueseras) han sido el soporte de la tradición musical navideña en Colmenar de Oreja. A su son cantaron un sinfín de villancicos y bailaron la jota y las seguidillas los chuscos colmenaretes (Foto: M. León Fernández).

tiempo y los animales carroñeros los habían mondado a la perfección, a más de que el aire libre les brindaba la característica blancura de los huesos curados a la intemperie. En la parte superior se colocaba una correílla amarrada a los dos extremos redondeados del alambre, con la que se afirmaba la huesera en el hombro o antebrazo. La mano derecha sujeta una castañuela de madera que aprisionan la yema del dedo pulgar –en cuya primera falange se enrolla la correílla de la castañuela– y el dedo índice, dejando entreabiertas las dos valvas para que repiquen con más facilidad al pasar y repasar de arriba abajo la castañuela por el *arrabel*.

La compañera inseparable de la *ginebra* o huesera era –y es– la zambomba: instrumento de fricción que se construye en botes de lata, orzas o pucheros de barro, cantarillas metálicas para contener aceite o leche, e incluso en pequeños barriles de madera (Colmenar de Oreja), que al parecer antaño contuvieron el bicarbonato. Ya en 1763 el madrileñísimo don Ramón de la Cruz nos describe el instrumento en un sainete de ambiente navideño en el que un prócer extravagante decide formar una orquestina que acompañe el villancico que ha escrito y en la que acaba interviniendo un niño muy malcriado.

SEÑORITO:

–¡Ay, padre del alma mía!,  
¡el paje me ha regañado,  
Y no me ha querido hacer  
una cosa que he mandado.

VIZCONDE:

–¿Qué quieres tú, vida mía?

EUROSIA:

–¿Qué quieres tú, dueño amado,  
de mi corazón?

SEÑORITO:

–Quería una  
cosa que con un palo,  
que mete un horror de ruido  
en dándola con la mano.

EUROSIA:

–¿Será un tambor?

SEÑORITO:

–Que no es eso,  
por vida del diablo malo;  
que lo nombró el cocinero  
y ya a mí se me ha olvidado.

VIZCONDE:

–Da otras señas.

SEÑORITO:

–Mire usted.  
Ello se hace en un cacharro,  
y se le pone un pellejo  
en toda la boca atado;

*tiene una cañita en medio  
y pasando y repasando  
la mano por ella suena,  
que da gusto el escucharlo.*

VIZCONDE:

–Hombre, eso es una zambomba.

SEÑORITO:

–Sí, padre, zambombo.

EUROSIA:

–A Pablo,  
el mozo, que te la haga.  
Anda, di que yo se lo mando.

SEÑORITO:

–Al instante que se acabe,  
verá usted cómo la traigo– (27).

Respecto a la nomenclatura que denomina a este curioso instrumento, hay que señalar cómo el término *zambomba* se ha ido generalizando en toda la geografía madrileña; pero ya vimos que en San Agustín de Guadalix adoptó el confuso nombre de *errabel*:

*Dale a la zambomba,  
dale al errabel,  
dale a la zambomba,  
que hace buen papel* (28).

Y *rabel* se la llamó en Valdetorres del Jarama. Otros lugares la llamaban con nombres muy cercanos a la onomatopeya de su sonido, y así en Canencia de la Sierra se la nombró *tucu-tucu*, en Colmenar del Arroyo le decían *puto*, y en Navas del Rey el *pocomucho*.

Sólo en Colmenar de Oreja encontré zambombas construidas a conciencia para durar no una, sino muchas navidades. Para ello no se ata directamente la caña, el carrizo, cardo, o chupón de olivo al pellejo en cuestión, sino que se amarra a él una pieza de madera de unos cuatro centímetros de largo, que tiene aproximadamente la forma de un corto cilindro rematado por un largo y agudo cono. La pieza se hace siempre en madera dura, generalmente membrillo, y la llaman en Colmenar el *palillo*. La parte cilíndrica tiene una acanaladura en todo su alrededor para que ajuste en ella sin moverse el bramante que la fijará a la piel o *pellica* de cordero o conejo con que allí fabrican las zambombas. Al dar la vuelta a la piel, tras de esa última operación del atado, y después de haberla asegurado bien tirante con clavos al borde del barril, queda bien firme y derecho el cono del palillo, en el centro exacto de la boca del recipiente, dispuesto para insertar en él las cañas secas que van desechándose a medida que se abren por el uso. Estas zambombas se construían con esmero, decorándolas a veces con tachuelas doradas, y llevaban una correa o soguilla que permite colgarlas en bandolera para tocar de pie con ellas.

En otros rincones de la geografía madrileña se utilizó la vejiga del cerdo para construir la zambomba. En Gua-

dalix de la Sierra se la llamaba incluso *zambomba*, como ya vimos, y en Humanes de Madrid o Cenicientos la decían *milicina*. En los pueblos que limitan con Ávila lavaban bien la *bolsa de la orina* y la dejaban en agua durante dos o tres días, e incluso en algunos lugares como Pelayos de la Presa le añadían un chorro de vinagre: *Para que se limpiase bien y quedase más fuerte*; mientras que en Cenicientos restregaban la vejiga en la ceniza del hogar antes de soplarla y endurecerla, *para que se pusiera más fuerte*. Una vez curada la vejiga (29), se cortaba en trozos suficientemente amplios como para cubrir con holgura la boca de las cantarillas, sujetando en su centro la caña o vara de olivo que allí tocaban no con la mano, sino con un estropajo de esparto humedecido (Cadalso de los Vidrios, Fig. 7; Cenicientos, Pelayos de la Presa).



Figura 7: En una cantarilla pintada construyó su zambomba un zambombero de Cadalso. El estropajo empapado pasa y repasa por la caña al son de villancicos y romances profanos en el año 2000 (Foto: M. León Fernández).

El secreto para que la zambomba retumbe está en no dejar nunca pliegues de la piel o la vejiga en el borde del recipiente; por ello, y antes de reatar el gollete con tomi-zas o bramantes, es menester que dos o más operarios repartan bien la membrana y estiren con fuerza hasta que el palillo (Colmenar de Oreja), la caña, la varetta de olivo (Cenicientos), la varalisa de *sabuco* (*sambucus nigra*) o retama (*sphaerocarpa*) (Navas del Rey), el carrizo (Villanueva de Perales), el *cardo santo* (*cnicus benedictus*) (Carmar de Esteruelas), el *cardo borriquero* (*onopordon* sp.) (30) (Pedrezuela) queden enhiestos y verticales. Para que la zambomba no pierda, mientras se la está tocando, el sonido profundo que la caracteriza, es menester que el parche esté siempre seco, y para ello suele colocarse inclinada a fin de que el agua sobrante que se desliza por la caña, no caiga en el parche, sino que gotee en el suelo (31). Ya vimos que, aparte de la vejiga del cerdo, las pieles más usadas en la fabricación de zambombas fueron siempre las de cordero, conejo y liebre, pero eran también muy estimadas al efecto las de gato, y especialmente, la de ardilla, que en Cenicientos llaman *jardas* (32).

Con piel se hacían también los enormes panderos que se tocaron dentro y fuera de la Villa y Corte. Aquellos



enormes que vi yo aún cuando era pequeño en manos de los remendones zapateros de Lavapiés, se mercaban ya hechos por las fábricas de panderetas que vendían sus productos en la Plaza Mayor, como ya apuntamos en suso. Allí aparecían colgados con el mazo metido en el agujero que tradicionalmente tienen panderetas y panderos en el aro entre dos pares de sonajas. Pero en los pueblos aprovecharon siempre los aros de las grandes cribas que para garbanzos y granzas había en las casas de labor. La piel de estos útiles pertenecía a las caballerías viejas que se vendían para el sacrificio a los gitanos, expertos en tal menester. Pero cuando aquellas cribas, cansadas y hartas del uso, se rajaban y rompían, servían los aros de nuevo para construir el pandero navideño con la piel de una oveja, y aún mejor si era de cabra: *Por Nochebuena mataban una cabra, una cabra vieja que valiera poco, que era de las pocas veces que comíamos carne. Mataban la cabra por la mañana, la clavaban bien estirada en el aro, y por la noche ya estaban tocando* (Estremera de Tajo) (33). Para mantener bien tensa la piel así colocada y evitar que la maltrecha criba se combara por la presión, se cruzaban unas guías de alambre en el hueco del pandero, las mismas que a veces servían para sujetarle mientras se tocaba (Fig. 8).



Figura 8: Para el número 243 de la revista **Blanco y Negro** dibujó Huertas "La Alegría del Barrio". La madrileña garbosa del centro empuña el pandero por los tirantes, como aún lo hacían los estremerenses que yo vi a fines del Siglo XX.

En muchos lugares colocaban unas sonajas, previamente recortadas en la hojalata de los botes, de trecho en trecho por todo el aro de la vieja criba. En Estremera se llamaban *rodajas* y las sujetaban con trozos de alambre, que horadaban el borde exterior del pandero. Iban bastante holgadas a fin de que entrechocaran bien cuando se golpeaba la piel con el mazo y se entreveraban con pequeñas campanillas que, pasada la Pascua, volvían a ponerse en las colleras de las mulas (Fig. 9).



Figura 9: En Estremera de Tajo, Emiliano nos muestra el pandero que él mismo construyó para alegrar las Pascuas al vecindario (Foto: M. León Fernández).

Pero en otros pueblos situados en el Camino de Aragón (hoy carretera de Barcelona) los panderos se exornaban con adminículos de madera. Eran racimos de palillos –generalmente hechos en *tamujo* de olivo (Los Santos de la Humosa, Santorcaz, Anchuelo, Corpa)– y castañuelas (Anchuelo, Fig. 10) los que pendían de un cordelillo que se ataba en la parte externa, y de un lado a otro del pandero, a fin de que aquéllos y ésta repicasen al golpe seco del mazo, pues estos grandes instrumentos se golpeaban siempre con un palo a cuyo extremo se ataba un trozo bien piloso –siempre con el pelo hacia dentro– de la misma piel que había servido para fabricar el pandero. Con-



Figura 10: En este pandero de Anchuelo retumban las alegres castañuelas y los palillos de olivo que pacientemente tallaron las manos del tocador (Foto: M. León Fernández).

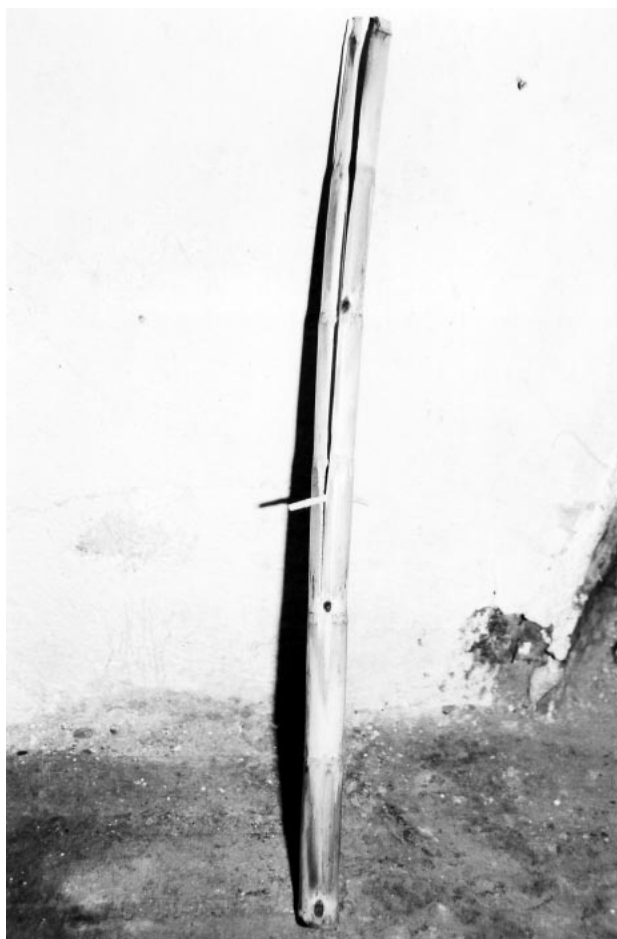
seguían con ello un sonido rotundo y un tableteo de maderas secas muy característico que sólo de tarde en tarde interrumpía el tintineo de algún cascabel colgado también de aquel cordelillo.

En esos pueblos del Campo Alcalaíno tocaban también en Navidad una caña gruesa de unos sesenta o setenta centímetros de largo que rajaban en varias secciones dejando sólo sin abrir el último espacio entre nudo y nudo, que servía de empuñadura, y para que las varillas así formadas sonasen más y no se cerrasen, metían un palillo de madera entre ellas. La caña se hacía sonar empuñándola con la mano diestra y golpeándola rítmicamente sobre la palma de la izquierda (Fig. 11).

Las sonajas forman parte también de la orquesta navideña. Fueron desde antaño patrimonio de rústicos y labradores. Ya vimos que ornamentaban la fachada del manicomio que pintó Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo*; y las encontramos también en una composición profana que nos habla del pueblecito madrileño que siglos después vio invadido su término municipal por el aeropuerto de esta Villa:

*¡Oh, qué bien que baila Gil  
con las mozas de Barajas,  
la chacona a las sonajas  
y el villano al tamboril!  
Fue a Barajas Gil llamado  
de las mozas del lugar,  
porque dicen que en bailar  
es hombre muy afamado.  
Gran contento ha dado Gil  
a las mozas de Barajas (34).*

Hasta nosotros han llegado dos estilos de sonajas en los pueblos madrileños. Al primero pertenecen las que llaman en Fuentidueña de Tajo *rabeles*, y se construyen en un palo de unos treinta a cuarenta centímetros de largo con sección cuadrada, que acaso antaño fuera redonda. En dos de sus caras enfrentadas se hincan hasta su mitad largos clavos que ensartan unas chapas redondas de metal



(Fig. 11) La sencillez de una caña abierta sirvió también para alegrar la Nochebuena de Anchuelo (Foto: M. León Fernández).

fabricadas casi siempre con los botes de conservas, y más recientemente de bebidas, aunque a veces se procuran con las chapas aplastadas que cierran las botellas de cristal que contienen refrescos o cerveza. Suelen colocarse tres o cuatro parejas de clavos contrapeados, pero en uno de los lados siempre se coloca uno menos a fin de golpear sobre la mano izquierda con el espacio libre. Al segundo grupo pertenecen las típicas sonajas que encontré en Villaconejos (Fig. 12), con forma de “Y”, construidas en un palo ahorquillado. Entre los brazos de aquella “Y” se tienden unos alambres que encierran las consabidas chapas de metal, que suenan al vaivén del impulso que imprime la mano derecha en el mango del instrumento.

Otro artilugio que se construía sólo en época navideña eran las tablillas que usaban en Rascafría para acompañar el canto, cuando bailaban ante el Niño durante la Misa del Gallo. No he conseguido recuperar su nombre local, pero sí conozco bien la forma que tuvo, merced a varias descripciones que resultan coincidentes: *Había otro [músico] que tocaba un palo lleno de rodajas de hojalata; y con otro palo lleno de picos los restregaba y sonaba: charraschás, charraschás.*



Figura 12: En Villaconejos, la paciencia y buen hacer de Anastasio Carralero Fernández construyeron la buesera y las sonajas que tocaba diestramente (Foto: M. León Fernández).

Otro grupo de instrumentos navideños estaba formado por los útiles de cocina, que en aquellas fechas sonaban de forma especial y más alegre. Pero no se tomaba de los basares o la espetera cualquier cacharro para golpearlo sin concierto; arrancar del almirez, del calderillo o de las cucharas un compás bien ordenado no dejaba de tener su aquel, pues incluso las tapaderas de porcelana –llenas de *esconchones* negros– se agarraban y tocaban como los platillos de una orquesta. En cabeza de la fanfarria doméstica figuraba el *almirez*, que en la Somosierra tuvo género femenino. Se tañía siempre invirtiendo la mano del mismo para golpear con su parte más fina el interior de la copa. La única excepción que conozco es la de Guadalix de la Sierra, donde en la base del almirez se liaba un cordel o hiladillo que, atado al dedo pulgar de la mano izquierda, le dejaba pegado a la palma de esa mano y en posición vertical, dispuesto para repicar en su interior con la mano que sujeta la diestra (Fig. 13). Con esta técnica se consigue mucha mayor sonoridad, pues la taza no está aprisionada por la mano izquierda, sino que pende libre del dedo. No todos los almireces se tenían por aptos para acompañar el canto; debían ser ligeros,



Figura 13: En Guadalix de la Sierra el almirez repicaba libremente suspendido del hiladillo (Foto: Juan A. Sánchez).

manejables y no tener ninguna grieta ni estañadura que apagara su metálico sonido.

El calderillo fue el instrumento doméstico más usado por los pastores, especialmente en los pueblos que limitan con la provincia de Ávila, donde fue muy generalizado su uso. Tanto en Cenicientos como en Cadalso de los Vidrios se usaron calderillos de hierro con un diámetro que oscila entre los veinte y veinticinco centímetros. Tienen un asa semicircular y diametral que encaja en dos goznes circulares sujetos ambos al caldero por unos remaches metálicos. La holgura de estos goznes y la de los remates circulares del asa, permiten repicarla en un vaivén rápido que el tocador hace con la mano derecha mientras que con la izquierda sujeta horizontalmente el fondo del cacharro, procurando abrazarlo poco con los dedos para no apagar su característico sonido (Fig. 14). Solamente en Miraflores de la Sierra vi tañer el calderillo con otra técnica, pues el tocador agarraba el asa por su centro con la mano derecha, dejando suspendido en el aire el caldero, mientras que con la mano izquierda golpeaba los nudillos de su mano diestra, provocando así un movimiento vertical de arriba abajo que conseguía el mismo acompasado repique en las charnelas metálicas. En estos calderillos guisaban sus migas y sopas los pastores y fueron muchas veces llevados a la iglesia para ambientar con su presencia la quintería que los rústicos figuraban en el templo la noche de Nochebuena.



Figura 14: Julián Puentes Zamorano y Vicente Santiago Montero tocaron para mí en Cenicientos la zambomba de *jarda* y el calderillo en diciembre de 2005 (Foto: D. Caloca Puentes).

Por último, y supongo que ya cuando las cucharas de metal –sacadas o compradas de saldo en los cuarteles– irrumpieron en el ámbito rural desplazando a las de cuerno y palo, comenzaron a usarse también para acompañar el son de los villancicos y aguinaldos. Dos de ellas, enfrentadas por su parte convexa, se empuñaban con la mano izquierda, mientras la mano derecha agarraba el hondón de otra para hacer entrar y salir rítmicamente el mango por entre la pareja enfrentada (Cubas de la Sagra). Con cucharas de metal se golpearon también las rabudas sartenes donde se freía, guisaba e incluso se hervía la leche. En Estremera de Tajo la colocaban boca abajo para golpear al compás so-

bre la base a contrapunto de los enormes y rotundos panderos; mientras que en Cenicientos repicaban con la cuchara, ya entre las paredes y el hondón, ya en el ángulo que forma el mango con el borde de la sartén. Los mismos cubiertos metálicos se usaron a última hora para rascar esas botellas de anís con cuadrillos de cristal, que lucían contra los espejos en los anaqueles de tabernas y cantinas.

Todo este arsenal de ingenio y primores fue una de las respuestas al reto que la pobreza marcó en la vida de los que hoy son ancianos, de esa inmensa mayoría de españoles que no tuvo más juguetes que los hechos en casa, ni más instrumentos para alegrar las Pascuas que los fabricados o heredados.

---

#### NOTAS

(1) Este artículo es un avance de lo que en su día recogerá el *Vol. II. del Cancionero Tradicional de la Provincia de Madrid. Ciclo Festivo Anual*, Ed. Consejería de Cultura y Deportes – Comunidad de Madrid, Col. *Biblioteca Básica Madrileña*, Madrid, 2006.

(2) Cantó Pablo Revilla Esteban, *Marchena*, de 89 años de edad. Grabada el mes de agosto de 2004 por J. M. Fraile Gil.

(3) Cantó Mercedes Serrano San José, de 80 años de edad. Grabada durante el verano de 1984 por J. M. Fraile Gil.

(4) GARCÍA MATOS, Manuel: *Cancionero Popular de la Provincia de Madrid. Vol. I*, Ed. C.S.I.C. – Instituto de Musicología. Edición crítica por Marius Schneider y José Romeu Figueras, Barcelona – Madrid, 1951, Apdo. *Introducción*, p. XIII.

(5) La maltrecha organología tradicional de mi Provincia apenas ha sido atendida por los investigadores. Como nadie por estos lares hace aquí con método y respeto el trabajo de campo, tan urgente y necesario en este tipo de labores, he de volver a citar mis publicaciones y las del profesor García Matos. Respecto a la gaita pastoril madrileña véase: FRAILE GIL, José Manuel: “Más notas sobre la gaita serrana de Madrid y sus relaciones con otros instrumentos tradicionales en España”, *Actas de las Primeras Jornadas sobre Madrid Tradicional*, Celebradas en San Sebastián de los Reyes (Madrid) en 1984, Ed. Centro de Estudios Tradicionales de la Comunidad de Madrid, Madrid, 1985, pp. 91–102; y GARCÍA MATOS, Manuel: “Instrumentos musicales folklóricos de España. II. La gaita de la Sierra de Madrid. III. La alboka vasca”, *Anuario Musical*, Ed. Instituto Español de Musicología, C.S.I.C. Barcelona, 1956, XI, pp. 123–163. Al antañón pandero cuadrado como instrumento de percusión para el baile en la Capital dediqué mi artículo: “El pandero cuadrado en la Villa y Corte”, *Revista de Folklore*, Obra Social y Cultural de Caja España, Valladolid, 2003, N° 269, pp. 155–161. Y respecto a los instrumentos navideños que ahora tratamos, publicó también el profesor García Matos alguna nota suelta en su introducción al *Cancionero Popular de la Provincia de Madrid. Op. Cit. Vol. I*, pp. XXXIX–XLI. Los instrumentos de cuerda: guitarras, bandurria, laúd, violín..., protagonistas del baile tradicional en Madrid y su cinturón rural, serán objeto de un estudio detenido y minucioso en el Vol. III del *Cancionero Tradicional de la Provincia de Madrid*, que preparo con M. León Fernández y que de ver la luz, llevará por título *Las danzas, bailes y*

*esparcimientos*. Algo adelantó al respecto DÍAZ GONZÁLEZ, Joaquín en su opúsculo “La guitarra en Madrid de los Siglos XVII a XIX” en *Actas de las Segundas y Terceras Jornadas sobre Madrid Tradicional*, celebradas en San Sebastián de los Reyes (Madrid) en 1985–1986, Ed. Centro de Estudios Tradicionales de la Comunidad de Madrid, Madrid, 1988, pp. 7–11.

(6) Hasta el ajardinamiento de la Plaza Mayor hubo allí mercado de comestibles, mercado que en época navideña se convertía en una verdadera feria de los productos asociados desde antaño con esas Pascuas. Una vez más fue don Ramón de la Cruz quien pintó como nadie aquel ambiente en una tarde de Nochebuena en su sainete *La Plaza Mayor* (1765). Cito por la colección preparada por Emilio Cotarelo y Mori, CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la: *Sainetes en su mayoría inéditos*, Casa editorial Bailly Bailliere, Madrid, 1915, Tomo I, pp. 234 y ss.

(7) FLORES, Antonio: *Usos y costumbres españolas*, Francisco Álvarez y Cª, Editores, Sevilla, 1877, Apdo. *Un año en Madrid (1849) – Diciembre*, pp. 177 y ss.

(8) RÉPIDE, Pedro de: *Las calles de Madrid*, Ed. La Librería, Madrid, 1995, p. 681, Ref.: SANTA CRUZ (Plaza de).

(9) *Cuando llegaba la nochebuena se cantaba mucho, mucho. Y entonces no había pandeteras para comprar como ahora, se tocaba el almirez y unas tapaderas y un tambor, que había tambor, eso sí*. Informes dictados por Desideria Arribas Sánchez, de 88 años de edad. Grabados el día 31 de mayo de 2005 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández, A. Rodríguez Rodríguez, J. Rodríguez Huetos y M. L. Huetos Molina.

(10) La relación que cantaban la noche víspera del primero de enero lo indica bien a las claras: Los casados esta noche, / al toque de su tambor, / vamos a cantar coplillas, / de dios la circuncisión. Los últimos vestigios del tambor, que tanto tocaron casados y mozos en Casarrubuelos, nos fueron descritos de este modo: *Había aquí un hombre mayor que en cuanto llegaba el tiempo de la Nochebuena salía con un tambor muy viejo que tenía, de chapa, y salía tocando con dos orejeros* (piezas laterales del arado), *y hasta que no le calaba de lao a lao, no paraba. Sabía mucho aquel hombre*. Informes dictados por Patricia Vara Gamboa, de 88 años de edad. Grabados el día 2 de febrero de 1994 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y S. Weich-Shahak.

(11) Mozos y casados en días navideños alternos salían pidiendo donativos, que luego invertían –tras de un complejo ritual y posterior rifa– en sufragar la cera que alumbraba el *Monumento* de Semana Santa. Sobre la tal fiesta véase el trabajo de: HUERTAS VICIANA, María Isabel & MAICAS RAMOS, Ruth: “Las corrolas de Cubas” en *Actas de las Segundas y Terceras Jornadas sobre Madrid Tradicional. 1985–1986*, Ed. Centro de Estudios Tradicionales–Ayto. San Sebastián de los Reyes–Comunidad de Madrid, Madrid, 1988, pp. 45–50.

(12) Aunque cantado por mujeres, puede escucharse un interesantísimo texto de estos aguinaldos del Niño –recogido en Cervera de Buitrago y acompañado del tambor en 1997– en el C.D. *Madrid Tradicional. Antología. Vol. 11*. Ed. SAGA, S. A. (WKPD–10/2022). Madrid, 1997. Corte 2.

(13) Cantada por Pedro Martín Herranz, de 74 años de edad. Fue grabada el día 12 de octubre de 1994 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y S. Alonso de Martín.

(14) Estos informes me fueron facilitados por algunos componentes del Grupo de Jotas “María de la Nueva” en 1984.

(15) Curiosamente Répide, al referirse en su libro a la Calle de la Ventanilla dice: “[...] toma su nombre de una casita que había en su parte más alta, aislada y pequeña, con sólo una ventanilla sobre la puerta, casa que perteneció a Catalina González, la celebrada panderetera, inventora de los rabeles [...]”. En RÉPIDE, Pedro de: *Las calles de Madrid*, Op. Cit, p. 763. Ref.: VENTANILLA (Plaza de).

(16) Asociado generalmente a la cultura pastoril, es para algunos el descendiente del *rehab* o *rebec* árabe, aunque para otros primea con instrumentos centroeuropeos semejantes. Lope nos informa en su *Fuenteovejuna* (1619) de que algunos se construían en maderas duras y valiosas: “FRONDOSO: –¿En aquesta diferencia / andas Barrildo importuno? / BARRILDO: –A lo menos aquí está / quien nos dirá lo más cierto. / MENGO: –Pues hagamos un concierto / antes que llegéis allá / y es que si juzgan por mi, / me dé cada cual la prenda, / precio de aquesta contienda. / BARRILDO: –Desde aquí digo que sí, / mas si pierdes, ¿qué darás? / MENGO: –Daré mi rabel de boj, / que vale más que un atroj / porque yo lo estimo en más”. En LOPE DE VEGA, Félix: *Fuenteovejuna. Dos comedias de Lope de Vega y de Cristóbal de Monroy*, Ed. Castalia, Col. Clásicos Castalia, 2ª ed. Madrid, 1973, Acto I, Escena IV, Edición, introducción y notas de Francisco López Estrada.

(17) PÉREZ GALDÓS, Benito: *La revolución de julio. Episodios Nacionales. 4ª Serie. Obras completas*, Ed. Aguilar S.A., 1ª Reimpr. de la 1ª edición, Madrid, 1974, Tomo III, Cap. 19. El diálogo se desarrolla en el entonces pueblo de Vicálvaro, incorporado al municipio de Madrid el día 13 de diciembre de 1950; y el músico en ciernes se llama Rodrigo Ansúrez.

(18) Informes dictados por Guillermo Sanz Corral, de unos 55 años de edad. Grabados el día 8 de diciembre de 1994 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández, J. M. Calle Ontoso y A. Sánchez Barés.

(19) Informes dictados por Segundo Doncel Doncel, de 88 años de edad. Grabados el día 16 de abril de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández y S. Weich-Shahak. Segundo fue informante del músico alemán Kurt Schindler, quien comenzó su tercera campaña de recogida (agosto de 1932 – enero de 1933) en la península Ibérica por este pueblecito de la Alcarria madrileña. Llegó a Santorcaz en el verano del 32 en compañía de Enrique Gutiérrez Roig, que había sido “*médico de la casa rial*”, en palabras de Segundo –hombre de excelente memoria–, que además recordaba a Schindler como “*un hombre maduro, con el pelo tordo* (entrecano), *que era el director del Orfeón de Nueva York*”. Véase SCHINDLER, K. (Recop.): *Música y Poesía Popular de España y Portugal*, Ed. Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca, Salamanca, 1991. Facsímil del original publicado en Nueva York en 1941, con prólogo a cargo de I. J. Katz y M. Manzano Alonso y con la colaboración de S. G. Armistead. Las entradas correspondientes a Santorcaz comprenden los números 473–485.

(20) Informes dictados por Domingo Martín Fernández, de 83 años de edad. Grabados el día 4 de abril de 2005 por J. M. Fraile Gil y A. Rodríguez Rodríguez.

(21) Del mismo texto entresaco algún que otro párrafo para más ahondar en el tema de la organología madrileña: “[...] en estos años pasados oímos cantar a los carabancheleros una seguidilla que trae la tradición de la tarasca de Madrid, y por lo mismo tuvimos el gusto

de escribir, y dice así: «Si vas a los madriles / Día del Señor, / tráeme de la tarasca / la moda mejor, / y no te embobes, / que dan en la cara / los mojigones // El mojigón del Corpus / me dijo, madre: / –Si quieres tener hijos, / seré su padre.– / Y yo enfadada / me aparté de la danza / desconsolada». [...] A las diez de la mañana, hora en que ya estaba colgada vistosamente la carrera, y encendidos los altares que las iglesias o la devoción de los fieles había colocado en ella, salía la profesión de la Parroquia de Santa María. Precedía a ella el mojigón con la danza de los moros, éstos bailando y aquél dando a diestro y siniestro vejigazos al que se descuidaba [...]”. Véase en SEBASTIÁN DE CASTELLANOS, Basilio: “Costumbres españolas de la procesión del Corpus en Madrid, Sevilla, Toledo y Valencia, y de las galanterías usadas en esta solemnidad”, en *Museo de las Familias. Cuarto*, Madrid, 1846. pp. 110–111. Formaban parte de la estrafalaria indumentaria que vestía el mojigón, unos enormes botones a cuya semejanza fabricaban los confiteros madrileños unas *bolas del mojigón*; aún en la década de los 60 del pasado Siglo XX vendían los pasteleros unas enormes madalenas que llamábamos *mojicones*.

(22) CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la: *La soberbia castigada o La Baronesa*. En *Teatro Selecto. Colección completa de sus mejores sainetes*, Editor José María Faquineto, Madrid, 1882, p. 635.

(23) Informes dictados por Valeriana Gil Rubio, de 77 años de edad. Grabados en Madrid el día 4 de julio de 2005 por J. M. Fraile Gil.

(24) Se trata de un cartón para el tapiz, que debe pender en una sobrepuerta del comedor de los entonces Príncipes de Asturias (Carlos IV y María Luisa de Parma) de El Escorial. El cartón puede contemplarse hoy en la sala 85 del madrileño Museo del Prado y lleva en el catálogo el número 776, donde figura bajo el epígrafe “Niños inflando una vejiga”.

(25) VÉLEZ DE GUEVARA, Luis: *El diablo cojuelo*. En *La Novela picaresca española*, Ed. Círculo de Lectores – Nauta. Barcelona, 1969, *Tranco III*, p. 561. *Gaita zamorana* era entonces la gaita de fuelle, que a duras penas ha sobrevivido en Zamora por las tierras de Aliste y de Sanabria, donde se la llama *de fole*. *Cascabels*, los que se ponían en los pies muchos integrantes de las danzas que ya entonces se consideraban rústicas; los bailes de cascabel eran los populares, frente a los de cuenta, que eran por entonces los de aire cortesano. El caracol es el *bígaro* o caracola, que en muchos lugares se tocaba para comenzar o acabar con su son las tareas agrícolas. Y el *castrapuerco* debió de ser el silbato con que se anunciaban esos cirujanos cuando hacían su entrada en un lugar, de ahí ha quedado la frase: *El que más pita, capador*, dando a entender que alcanza su finalidad el que más escándalo forma al solicitarla. En Val de San Lorenzo (Maragatería. León) Antonia Fernández Geijo me cantó las coplas que cuentan la historia de una zagala que cortó a su fallido violador las armas que preparaba: Capadores de Xixón, / ya podéis guardar chiflato, / que hay una moza en Xixón / que capa y no lleva un cuarto.

(26) Informes dictados por Segundo Doncel Doncel, de 88 años de edad. Grabados el día 16 de abril de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández y S. Weich-Shahak.

(27) CRUZ CANO Y OLMEDILLA, Ramón de la: *Sainetes en su mayoría inéditos*, Op. Cit, Tomo I, *El hambriento de Nochebuena*. p. 103.

(28) Me cantó este estribillo aguinaldero Evaristo Ramírez Sanz, *Pichi*, de 74 años de edad, el día 19 de noviembre de 2005.

(29) En mis manos tengo una zambomba eslovena construida también con una vejiga de cerdo colocada en un recipiente de barro que, curiosamente, no tiene el fondo taladrado ni roto, aunque resuena de lo lindo. En la etiqueta que la acompaña leemos en inglés: “*Tambor cerámico* (también llamado *hombre gordo*, y con otros muchos términos tradicionales). Es un antiguo instrumento nacional esloveno. En otras épocas ningún acontecimiento tenía lugar sin él. Es un instrumento rítmico. La vejiga del cerdo cubre el cuenco de barro. En su centro se sitúa un palo. Es una pieza de artesanía popular tan bien realizada que puede durar durante varios años. *Cómo tocar un tambor cerámico*. Sostenga el instrumento horizontalmente. Sumerga la palma de la mano o los dedos en agua o vino (no así el palo), y con la palma humedecida o los dedos mojados y repase de arriba abajo el palo. El palo debe permanecer en su lugar. No estire hacia fuera ni apriete hacia dentro”.

(30) En gran parte de La Mancha se utilizó un cardo para fabricar zambombas al que denominan por ello *cardo zambombero* (*carthamus lanatus*). La polisemia propia de la etnobotánica y los desdibujados recuerdos pueden provocar cierta confusión a la hora de poner nombre a estas especies vegetales. Debo estos valiosos informes a la amistad de Emilio Blanco.

(31) Al contrario sucede con las grandes zambombas gaditanas que se construyen también con una pieza de madera, equivalente al palillo colmenarete, que llaman en Tarifa, *bitoque*. Pero esas zambombas no se hacen con piel ni vejiga, sino con una

tela que llaman *morcelina*, y que ha de estar siempre empapada para que retumbe. La caja de resonancia de aquellas curiosas zambombas, que también he visto en algunas zonas de Granada, se construye en el tubérculo ahuecado de los cactus o pitas, que llaman *pitaco*.

(32) *Jarda* debe ser sin duda un localismo emparentado con el *jardo* que utilizan en muchas zonas del habla leonesa para denominar al color rojo. Y así los bueyes rojizos, que en Madrid llamaban *retintos*, son allí *jardos*. La palabra debe ser corrupción de *jalde*, que significa amarillo subido, y que deriva del latín *galb\_nus*, que quiere decir de color verde claro. La piel de estos simpáticos animalitos se utiliza hoy solamente cuando alguno de ellos perece bajo las ruedas de un automóvil. Debo las referencias al pueblo de Cenicientos a Antonio Montero Pérez, de 45 años de edad al escribir estas líneas, experto conecedor y amante de las tradiciones *coruchas*.

(33) Informes dictados por Isidra Camacho Horcajo, de 65 años de edad. Grabados el día 1 de enero de 1993 por J. M. Fraile Gil, J. L. Rodríguez Pérez, A. Fernández Buendía y M. León Fernández.

(34) De *Tonos Castellanos* (S. XVII). Cito por ALÍN, José María: *Cancionero Tradicional*, Ed. Castalia, Madrid, 1991, Nº 777, pp. 409–410. El mismo Alín trae en nota a pie de página la versión a lo divino que publicó Francisco de Ávila en sus *Villancicos y coplas curiosas al Nacimiento* (1606): “¡Oh, qué bien que baila Gil / viendo el niño entre las pajas; / Bras repica las sonajas / y Antón toca el tamboril”.



MUSEO ETNOGRÁFICO  
DE CASTILLA Y LEÓN  
ZAMORA



# Gracias a todos

Han sido años de recuperación de piezas,  
de documentos, de recuerdos... para formar  
la gran colección de etnografía  
de Caja España, que ahora cobra  
su sentido: compartir nuestra memoria.

Caja España

OBRA SOCIAL



Damos soluciones

